

SERVICIO
SECRETO

Ss

«HONG KONG» JIM

Curtis Garland



—¡Absuelto! Es imposible... El jurado no ha podido cometer un error semejante...

—Pues lo ha cometido. Parecían asustados. Y su veredicto no admitía réplica. Fue por unanimidad: inocente.

—¡Inocente! ¡Un hombre culpable de más de diez asesinatos... *inocente!* ¡Y libre!

—Libre, sí. El juez parecía anonadado. No podía hacer nada, sin embargo. Se limitó a mirar a los miembros del jurado, que parecían incapaces de resistir su mirada, les dijo que su conciencia era responsable de todo aquello, y se limitó a declarar absuelto al acusado.

—¿Crees que hubo soborno?



Curtis Garland

«Hong Kong» Jim

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1575

ePub r1.0

Lds 30.01.19

Título original: «*Hong Kong*» *Jim*

Curtis Garland, 1980

Cubierta: Norma

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

—¡Absuelto! Es imposible... El jurado no ha podido cometer un error semejante...

—Pues lo ha cometido. Parecían asustados. Y su veredicto no admitía réplica. Fue por unanimidad: inocente.

—¡Inocente! ¡Un hombre culpable de más de diez asesinatos... *inocente!* ¡Y libre!

—Libre, sí. El juez parecía anonadado. No podía hacer nada, sin embargo. Se limitó a mirar a los miembros del jurado, que parecían incapaces de resistir su mirada, les dijo que su conciencia era responsable de todo aquello, y se limitó a declarar absuelto al acusado.

—¿Crees que hubo soborno?

—Soborno o coacción, ¿qué más da? Lo hicieron por dinero o por miedo, lo cierto es que lo hicieron, y que ahora Neville Stompatto está libre. Libre y dispuesto a vengarse... No olvidará fácilmente su otra condena de dos años, que tuvo que cumplir íntegra, antes de verse este proceso por asesinato que pudo haberle devuelto de por vida a una celda del Estado.

—Stompatto no olvida fácilmente, es cierto. Ni perdona.

—Eso es lo que me preocupa. Es preciso avisarle...

—¿A Jim? Será difícil...

—¿Por qué? Esté donde esté, siempre es posible dar con él. Mucha gente le conoce. La suficiente para buscarle, aunque sea bajo las piedras, y darle él mensaje de que Neville Stompatto está libre.

—Donde ahora está, no es fácil encontrar medios de advertirle.

—No te entiendo... —El ayudante del fiscal del Distrito, Steve Markham, contempló con extrañeza a la joven de rubios cabellos y boca carnosa, pintada de rojo—. ¿Dónde se ha metido tu amigo

Jim?

—Lejos. Muy lejos de mí. Y de este país, Steve.

—¿En el extranjero?

—Eso es. Lleva allí un año largo.

—¿Dónde?

—No lo sé exactamente. Ya sabes cómo es Jim. Rara vez permite saber de él, a menos que sea otro quien te hable de sus cosas... La última ocasión en que supe de él, se hallaba en Formosa.

—¡Formosa! ¿Y qué diablos hace Jim allí, Audrey?

Audrey Winters sonrió, mostrando sus nítidos dientes blancos bajo el rojo carnosos de su boca. Encogió ligeramente sus hombros.

—¿Qué hace siempre Jim, esté donde esté? Ya le conoces: beber, fumar, besar chicas, creer que se enamora y olvidar después... Así ha sido siempre.

—Me refiero a otras cosas. ¿En qué trabaja, exactamente?

—¿En qué trabaja Jim habitualmente? —Había sarcasmo en la voz de la rubia—. En nada. O en todo. El es como es. Un tipo raro, especial... y maravilloso, aunque a veces se le odie con toda el alma. No podría ser de otro modo.

—¿Crees que sigue en Formosa?

—Tal vez, aunque lo dudo. Jim nunca echó raíces demasiado tiempo en ninguna parte. Puede que esté en Macao. Puede que en el Japón, ¿quién sabe eso?

—Aun así, convendría advertirle. Stompatto tiene gente a su servicio. Muchos amigos e informadores. Podría ser que diese con él antes que nadie. Y eso sería malo para Jim. Muy malo.

—Intentaré localizarle, Steve, pero no puedo prometer nada. Y te aseguro que, después de todo, soy la primera interesada en que él sepa lo que sucede. No me gustaría saber que uno de los puercos pistoleros de Neville ha encontrado a Jim, y le ha convertido el cuerpo en un colador.

—Uno solo de esos rufianes, no podría nada contra Jim, bien lo sabes —suspiró el ayudante del fiscal—. Pero Stompatto también lo sabe, y enviaría al menos media docena para liquidar a su odiado enemigo, el hombre que le llevó dos años a presidio y estuvo a punto de conseguir que se quedara allí para siempre.

—Lo sé. Por eso tengo miedo, Steve.

—¿Cómo vas a intentar dar con su paradero, Audrey?

—Aún no lo sé. Pero voy a intentarlo todo. Si no, soy capaz de vender todas mis joyas, reunir mis ahorros... y salir para Oriente, en busca suya.

Steve Markham contempló a la rubia joven con curiosidad. Luego sonrió.

—Debiste quererle mucho, Audrey —comentó.

—Mucho, maldito sea el muy bastardo —se lamentó ella—. Y lo malo es que todavía le amo. Así es Jim. Cuesta mucho olvidarse de él. Y más aún dejar de amarlo...

* * *

—Jim... ¿Es ése su nombre?

—Sí, ése es.

—Pero tendrá algo más, apellidos, supongo...

—Si los tiene, nadie lo sabe. Es simplemente eso: Jim. Y basta.

—No es mucho. Hay millones de «Jim» en el mundo.

—Pero ninguno como él. Hay algunos que, para distinguirlo quizás, le han empezado a apodar *Hong Kong Jim*.

—¿Por qué así?

—Porque ahora vive en Hong Kong, sencillamente. Pero creo que basta con Jim. Si llegas a Hong Kong y preguntas por él, todo el mundo sabe quién es. No existe más que un Jim, después de todo: él.

—Vaya cosa curiosa... —rió Stacey Goulding, con expresión divertida—. Un nombre tan vulgar, famoso en toda una ciudad como Hong Kong...

—No es sólo allí. Donde haya estado, todos le conocen igual. Los demás «Jim» tienen su apellido. El no lo necesita. Es así.

—Un tipo original, ¿no?

—Y único.

—¿Le admiras mucho?

—Más que eso. Le adoro.

—Eh, cuidado. —Stacey Goulding volvió a reír—. Parece como si estuvieras enamorada...

—Quizás lo esté. ¿Tan malo sería amar a un hombre como Jim?

—No lo sé. No le conozco para juzgarle. Pero te conozco a ti. Y eres *mi* mujer. No me seduce la idea de que ames a otro.

—No seas tonto. Amarle no es ser su amante. Es sencillamente sentir algo por él. Tú no eres celoso.

—Tal vez empiece a sentir un poco de celos de ese Jim.

—Vaya, eso sí que sería un milagro. El grande y duro Stacey Goulding... ¡siente celos de Jim! Maravilloso, querido —ella soltó una suave carcajada—. Pero te seré sincera: no hay nada con él. Ni creo que pueda haberlo. Aunque sea un hombre irresistible, me gusta respetarte y comportarme dignamente.

—Entonces, ¿por qué me hablas de él?

—Porque es el único que puede ayudarte, Stacey.

—¿Jim... a mí? —se asombró su marido, enarcando las cejas con aire de profunda perplejidad.

—Te sorprende, ¿no es cierto? —Ella sonrió con ironía.

—¿Cómo no va a sorprenderme, querida? Es algo que no parece tener sentido... Ni Jim ni nadie puede sacarme ahora de apuros. Y eso lo sabes muy bien.

—No estés tan seguro, Stacey. Jim puede hacerlo todo.

—¿*Todo*? —dudó sarcásticamente él.

—O casi todo, si quieres ser exacto. Sí, Stacey. Vamos a recurrir a él. Y estoy segura de que saldrás de apuros.

—Pero... pero eso no tiene sentido, querida —protestó Stacey Goulding, empezando a dar paseos por la suntuosa estancia, repleta de figurillas orientales, de jades y porcelanas de exquisita belleza, en vitrinas y estanterías, haciendo juego con el adamascado de las cortinas de seda y los biombos lacados—. Mi apuro es... es de medio millón de libras. Nadie, en todo el mundo, podría conseguir para mí, en tan corto plazo, la suma de medio millón. Ni siquiera las personas de finanzas que conozco yo en Hong Kong y en Macao, querida.

—Lo sé. Por eso te he preguntado qué sucedía. Y estoy convencida de que Jim encontrará una solución para ello.

—Como no sea la de prestarme una cuerda para colgarme... —comentó con amarga ironía Stacey.

—Eso también lo haría —rió ella—. Pero no seas tan pesimista. Seguro que en cuanto hables con él, verás las cosas de otro color.

—Sólo me obsesiona en estos momentos un color: el de los billetes de Banco, Laura. Reunir medio millón de libras esterlinas no es nada sencillo, ni siquiera para una persona como yo. E imagino

que ese Jim amigo tuyo, tendrá tantos o más problemas que yo para conseguir un crédito en efectivo tan elevado.

—Veremos, Stacey, veremos —sonrió ella, pensativa—. ¿Dices que si no entregas esa suma en cuarenta y ocho horas...?

—Me matarán —resopló él, sombrío, moviendo la cabeza con pesar—. No hay duda sobre ello.

—¿Por qué habrían de matarte?

—Muy sencillo: porque es un compromiso con personas que no entienden de moratorias ni de excusas. Fijan una fecha. Y hay que cumplir en esa fecha. O pagas las consecuencias. Y esas consecuencias, inexorablemente, constituyen tu propia vida.

—Un muerto no puede pagar ya su deuda jamás.

—No, pero hace que otros acreedores más importantes paguen las tuyas con religiosa puntualidad.

—Una especie de ejemplo para los demás, ¿no?

—Algo así, en efecto.

—Stacey, ¿por qué un hombre como tú se mezcló en negocios con semejantes personas?

—Es largo de contar. Hay situaciones difíciles en los negocios. Necesitas una cantidad elevada. Y no hay Banco ni financiera que te la conceda rápidamente y sin avales. Entonces, recurres a... a... a gente así. No preguntan nada. No exigen nada. Sólo te entregan la suma requerida, y te marcan una fecha. Si esa fecha se cumple sin que tú devuelvas el dinero y los intereses correspondientes, te dan el primer aviso.

—¿Qué aviso?

—Ya lo sabes —resopló Goulding amargamente—. El accidente de coche... las heridas y magulladuras...

—¿Ato fue un accidente? —Los ojos de Laura Goulding se animaron, brillando excitados, fijos en su marido.

—No, no lo fue. Se trataba de una paliza. El primer escarmiento. Y entonces me fijaron el último plazo: dos semanas más. Si no pagaba en ese periodo de tiempo, ya no habría palizas. Sería la muerte.

—Dios mío... —Ella, pese a su aire siempre mundano, jovial y frívolo, se mostró repentinamente ensombrecida—. Y ese plazo termina...

—Pasado mañana a las doce de la noche —miró su reloj

angustiado—. Sólo quedan cincuenta y cuatro horas.

—¿Por qué no me hablaste de todo eso mucho antes, Stacey?

—Bueno, tú sabes cómo han estado las cosas entre nosotros últimamente, Laura. Nuestro distanciamiento por culpa de... de aquella mujer, y todo eso.

—Ya está olvidado. Sabes que nos reconciamos. No soy una mujer celosa. Sólo una esposa que desea defender su dignidad y su propia estimación, Stacey.

—Lo sé, lo sé. Te has portado muy bien conmigo. Has sabido comprender cosas que otra mujer no aceptaría. Por eso no podía enturbiar todo eso de nuevo, contándote mis problemas financieros, la situación angustiosa de mis negocios y empresas...

—Muy difícil ha debido ser esa situación, si tuviste que pedir nada menos que medio millón de libras...

—No pedí tanto. Eso es lo que tengo que pagar: el préstamo y los intereses. Ellos no trabajan barato en eso. Por algo no exigen garantías ni avales, y no regatean cuantía. Pedí justamente trescientas cincuenta mil libras.

—¡Y has de devolver ciento cincuenta mil más! —Se horrorizó Laura Goulding—. Eso, ¿en qué plazo?

—Sólo en seis meses, Laura. Es un robo descarado, lo sé. Pero son sus normas. O las aceptas, o te hundes.

—De todos modos, ellos te hunden ahora. Nadie puede pagar intereses tan elevados en tan poco tiempo, si las cosas no van bien del todo...

—Sé que en medio año más, todo estaría resuelto. Ya no habría problemas, porque una gran firma comercial británica está estudiando las condiciones para adquirir unas factorías envasadoras en Hong Kong, y mi oferta es la mejor. Pero el consejo de administración se reúne dentro de dos meses, después pasan un informe al Presidente ejecutivo, y éste resuelve tras una serie de informes y datos. Todo ello, más la entrega efectiva de dinero en concepto de adquisición de acciones de la empresa elegida, requiere esos cinco o seis meses de plazo. Si uno les presiona antes, se asustan y rechazan la oferta para elegir otra. No quieren a gente apurada, sino a empresas sólidas con las que asociarse.

—¿Ellos no accederían a esperar seis meses más, elevando nuevamente los intereses?

—No. Es su norma. No hay prórrogas jamás. Pagas, y a otra cosa. Y te prestan otra vez si es preciso. Sólo si has pagado antes tu deuda. De ahí mi situación, Laura.

—Está bien. Es pronto todavía —ella consultó su propio reloj—. A las seis de la tarde, Jim seguramente esté durmiendo su borrachera de la noche anterior, en una cama con dos o tres chicas. No despertará hasta las ocho o las nueve.

—¡Cielos! ¿Ésa es su forma de vida?

—Sí —rió ella—. Así es Jim. A las diez en punto abre su local, y entonces podemos visitarle tú y yo.

—Pero será inútil, Laura. Es cosa de locos, imaginar que tu amigo Jim, por amistades e influencias que pueda tener en Hong Kong, va a poderme prestar nada menos que medio millón de libras en sólo dos días...

—No dije que él te las prestase. Seguramente no tiene ni un dólar en sus bolsillos, aunque su negocio sea el más próspero en la vida nocturna de la ciudad. Pero sabrá quién puede dártelas. Y conseguirá que te las den. Confía en él.

—No me queda otra cosa, porque la verdad es que ya no confío en nadie, ni siquiera en mí, Laura... —La miró larga, silenciosamente. Tras una pausa, tomó un brazo de la joven y murmuró—: Laura, ¿tienes... tienes mucha amistad con ese hombre?

—¿Con Jim? —Ella sonrió, asintiendo—. Ya te dije que cuando estaba sola, sin ti, él me ayudó. Y me ayudó mucho. Hizo por mí lo que nadie hubiera hecho.

—¿Hubo... hubo algo entre vosotros?

—Oh, Stacey —ella le miró con reproche—. ¿Vuelves otra vez a eso? Terminarás por hacerme creer que estás realmente celoso. No es que me disguste, pero... No, querido. No hubo nada entre él y yo. Y no por falta de ganas por mi parte. Pero Jim respeta a las mujeres casadas cuando están en apuros. No intenta jamás cobrarse sus favores. Es todo un caballero, aunque parezca un truhán y muchas veces obre con otros como tal.

—Truhán y caballero a la vez —meditó Stacey, arrugando su frente—. Pillo y señor. Una rara mezcla en cualquier hombre, Laura.

—Lo sé. Así es Jim, sin embargo.

—Es una locura, pero iré esta noche a su local... ¿Cómo dices que se llama?

—No te lo he dicho. Es un club nocturno, mitad cantina, mitad lupanar. Pero con cierta clase y exotismo. Perteneció anteriormente a un tal «Fats» Canary. Murió asesinado, y él heredó el negocio, porque una vez había ayudado a «Fats» a salir de apuros, y el viejo gordinflón lo recordó en el momento de agonizar con varias balas en el cuerpo^[1].

—Extraño modo de obtener un negocio...

—Todo lo que afecta a Jim es realmente extraño y, a veces, inexplicable de todo punto. No te pares a estudiarlo ni a tratar de entenderlo. Las cosas que le rodean son así, quizás porque él es distinto a todos los demás. El club nocturno que regenta, se llama «Club del Dragón Verde».

—«Dragón Verde»... Un nombre muy novelesco, sin duda —comentó Stacey Goulding, con sarcasmo—. Está bien. Iremos esta noche, a las diez en punto, a ese club, si insistes en ello. Pero no tengo fe en que resulte nada de nada, si he de serte sincero, querida.

—Lo supongo —suspiró su esposa—. Cambiarás de idea muy pronto. Apenas conozcas a Jim, posiblemente...

CAPÍTULO II

—Será mejor que no te muevas, Jim. He venido a matarte...

Las muchachas, mezcla de occidentales y chinas, dieron gritos de temor al ver el arma en la mano del recién llegado. Se apartaron de Jim, a un simple gesto de éste. El revólver amartillado, con el percutor echado hacia atrás, siguió apuntando directamente hacia la rubia cabeza de Jim.

—¿De veras? —bromeó con su voz cálida y pastosa el dueño del «Dragón Verde», mirando irónico el arma y a su propietario, mientras se incorporaba lentamente de la mesa situada junto al biombo de bambúes que separaba los asientos de acceso a los reservados del local—. ¿Por qué se te ha ocurrido esa idea, amigo?

—No soy tu amigo, maldito bastardo —bramó el otro, con ojos centelleantes de cólera y de odio—. ¿Es que no me conoces? ¡Soy Slim Keller, y dije que te mataría en cuanto me fuera posible, sucio hijo de perra!

Los ojos de un gris parduzco, fríos y burlones, del rubio Jim, se fijaban en su antagonista con extraña y serena calma, para estar en peligro de muerte. Bajo su camiseta con motivos orientales, adherida a su torso, vibraban los poderosos músculos. Sus brazos eran armoniosas mazas de musculatura en tensión. Pero el rostro, viril y anguloso, no reflejaba la menor preocupación ni miedo alguno. Era como si estuviese charlando con un viejo amigo de asuntos triviales y sin trascendencia.

—No me gusta que me insulten, muchacho —rió sordamente.

—Tampoco te gustará que te conviertan esa asquerosa piel en un colador, ¿verdad, bastardo? —El hombre armado soltó una agria carcajada, agitando su mano derecha de tal modo, que por simple roce de su dedo en el gatillo podía dispararse fatalmente en

cualquier momento aquel revólver—. ¡Y, sin embargo, eso es lo que voy a hacer aquí ahora mismo!

Un barman de tez aceitunada y ojos oblicuos, contemplaba inmóvil la escena, sin atreverse a intervenir, tal vez por no excitar demasiado al tipo armado y precipitar los acontecimientos. Pero su mano se movía lenta hacia un punto situado bajo la registradora.

Dio un leve respingo de sobresalto cuando la voz apacible de su jefe le llegó con nitidez en el silencio ominoso del local.

—No, Charlie, no hagas eso —le avisó, pese a que no podía ver lo que estaba haciendo, por darle casi la espalda—. No hará falta. Este buen chico se convencerá por otros medios de que está haciendo una tontería...

Charlie retiró vivamente su mano del cajón donde guardaba un arma, y el tipo del revólver soltó una imprecación, haciendo un movimiento de abanico con su mano armada.

—No te va a servir de nada tu sangre fría esta vez, Jim, hijo de perra —silabeó, mordiendo casi las palabras—. Te voy a volar los sesos ahora mismo. Empiezo a estar harto de todo esto. Cuanto antes termine, tanto mejor.

Y el movimiento crispado de su índice en el gatillo, reveló que, efectivamente, se disponía a hacer fuego, con la cabeza de Jim como blanco infalible a aquella distancia.

Jim se encogió de hombros, con un suspiro. Miró tristemente a su enemigo armado.

—Como quieras —manifestó roncamente—. Tú lo has querido.

Y sus manos en alto, situadas a la altura de la cabeza, funcionaron con repentina e increíble celeridad, sorprendiendo a todos. Y, sobre todo, al hombre que había venido a matarle.

De detrás de su cabeza, justamente de la nuca, dedos vertiginosos desenfundaron de una invisible vaina oculta por su camiseta, un cuchillo de ancha hoja afilada. El simple movimiento seco y brusco de muñeca con que extrajera el arma, proyectó ésta vertiginosamente hacia el tipo del revólver, al tiempo que el cuerpo de Jim brincaba con fantástica agilidad, eludiendo el impacto de la bala que, instintivamente, acababa de disparar el otro, al captar el centelleo del acero, el movimiento fugaz de la mano de Jim, y el zumbido del arma afilada, cortando el aire hacia él.

La bala quebró varias botellas del mostrador, y gritaron las

chicas del bar, asustadas.

El ágil, elástico cuerpo de Jim, estaba ya agazapado tras una mesa, pero no hacía falta que siguiera protegiéndose de posibles disparos.

El cuchillo, lanzado por su diestra mano, se había clavado hasta la empuñadura en el hombro derecho del hombre, haciendo aullar a éste, desorbitados sus ojos por el dolor, y soltando el revólver, que rodó por el pavimento.

Jim se incorporó de un salto, descargó un puntapié al arma, alejándola más aún, y se aproximó al tipo, que se agitaba, jadeante, chorreando sangre desde la profunda hendidura donde aún vibraba la hoja de acero sepultada.

—Pude haberte partido el corazón del mismo modo, imbécil —masculó Jim, mirándole despectivo—. Pero no soy de tu ralea. Vete de aquí antes de que me arrepienta de dejar con vida a una rata como tú. Y la próxima vez dispara por la espalda y sin hablar tanto, si de veras quieres liquidarme. O no tendré tanta misericordia de ti.

Le arrancó de un tirón el cuchillo, haciendo aullar de nuevo al herido, que se cubrió con mano crispada el boquete por el que escapó, a borbotones, la sangre. Mientras Jim lo limpiaba con un mantel, indiferente, antes de volver a enfundarlo en su nuca, el herido escapó del local, dejando tras de sí un reguero de sangre.

—Eres único, Jim —comentó Charlie, el oriental de la barra—. Por un momento, creí que ese cerdo te agujereaba para siempre...

—Tengo la piel muy dura —rió Jim—. Sírvenme una ginebra para celebrarlo, Charlie.

—Claro, Jim.

—Y tú, toca algo al piano —pidió Jim a una de las chicas orientales que deambulaban por el local, con sus vestidos de vivo colorido y largo corte abierto en un lateral, hasta exhibir el muslo—. La música relaja los nervios de clientes y empleados, Suzzie.

—Sí, Jim —sonrió dulcemente la aludida—. Tocaré para ti, especialmente...

—Gracias, muñeca —suspiró él—. Eres un encanto.

La chinita se sentó ante el piano y comenzó a deslizar sus dedos sobre el teclado, interpretando una vieja melodía: *Blue Moon*.

—Si no lo veo, no lo creo.

Jim giró la cabeza hacia el punto donde sonaba la voz.

Escudriñó al hombre, sin revelar emoción alguna en su curtido y bronceado rostro. Pero su mirada se animó cuando reconoció a la dama sonriente que le acompañaba.

—Laura... —murmuró, aproximándose a ella—. ¿Cómo tú por aquí? Lamento que hayas visto tanta sangre... Es siempre un espectáculo deplorable...

—No importa —suspiró ella—. Así, mi marido ha visto algo de lo que eres capaz de hacer.

—¿Tu marido? —Miró a Stacey Goulding con sorpresa—. ¿Traes a tu marido a un sitio como éste?

—No es mucho peor que la mayoría de los locales nocturnos de Shangai. Y resulta mejor que otros —sonrió Stacey, tendiendo su mano a Jim—. Soy Stacey Goulding, el marido de Laura, en efecto.

—Es un placer —la mano ruda y fuerte de Jim estrechó la suya reciamente—. Espero que no piense mal de mi amistad con Laura...

—No, no. Ella me lo ha contado todo. Yo no soy celoso, pero casi llegué a sentir celos por usted, Jim. Ahora veo que ninguna mujer puede estar segura ante un hombre como usted.

—Exagera —rió Jim—. Pero agradezco el cumplido. Le aseguro, sin embargo, que acostumbro a respetar a toda mujer que es digna de ello. Y su esposa es de ellas.

—No te esfuerces, Jim. —Laura se echó a reír—. El cree en mí. Si le digo que no hubo nada, sabe que es verdad. Estuvimos separados entonces, tú lo sabías. Pero ahora puede que rehagamos nuestro matrimonio cara al futuro.

—Lo celebro. Tú merecías eso y más. Venid. Sentaos en mi mesa. Os invita la casa.

Les llevó a la mesa situada junto al biombo de bambú, y con un gesto alejó a las bellas orientales. Suzzie seguía tocando *Luna Azul* en el piano. Charlie acudió a un gesto suyo. Stacey pidió un «gin tonic», y Laura un *manhattan*.

—¿Sólo habéis venido para que tu marido me conociese? —preguntó Jim de pronto.

Ella le buscó con mirada rápida. Los ojos pardos de él reflejaban ironía.

—No creo que se te pueda engañar, Jim —suspiró—. Sabes que no.

—Sólo lo imagino. No soy un vidente.

—Pero lo pareces. Venimos por algo importante. Muy serio para mí. Y para él.

—Bien. Os escucho.

—¿Será prudente hablarlo aquí, Laura? —dudó Stacey, mirando en torno.

—Como si estuviese en un reservado hermético —rió Jim—. Nadie escucha aquí cuando hablan conmigo. Y si oyen algo, lo olvidan en seguida. Es norma de la casa. Adelante, por favor. ¿De qué se trata?

—De medio millón de libras esterlinas —dijo Laura sin rodeos.

Stacey clavaba sus ojos en Jim, esperando una reacción. Se asombró de nuevo. Jim no pestañeó, no movió un músculo. Siguió saboreando su ginebra y escuchando aparentemente las notas de *Blue Moon*, sin inmutarse. Como si le hubieran hablado de cinco libras.

—¿Quién necesita ese dinero? —preguntó.

Stacey se movió desasosegado en la silla. Tragó saliva y logró articular una sílaba:

—Yo.

—Entiendo —los ojos de Jim le estudiaron en silencio—. ¿Es urgente?

—Sí. Mucho. Cuarenta y ocho horas de plazo. Es lo que me queda.

—No es mucho.

—Jim, sus negocios dependen de eso. Su vida misma... —comenzó Laura.

—Deja que lo explique él —cortó Jim, tajante—. Siga, señor Goulding. ¿Debe ese dinero a la Organización Wang?

—¿Cómo... cómo lo supo? —Dio un respingo Stacey en su asiento.

—No es difícil. El que necesita una suma así, acude a ellos, no a mí. Si usted viene ahora a mí, aconsejado por Laura, es que ya recurrió a la Organización Wang. Y sé cómo cobran ellos sus préstamos.

—Entonces... huelga toda explicación —la voz de Stacey era ronca—. Naturalmente, esto es ridículo...

—¿Por qué lo es?

—Porque Laura me convenció de que usted... de que usted

podía... Oh, no tiene sentido. Nadie puede facilitar medio millón de libras a un desconocido...

—Usted no es un desconocido. Es el marido de Laura. Y ella es quien le trae a mí. No hay nada ridículo en todo esto, señor Goulding. —Jim suspiró, apurando su ginebra, y pidiendo otra a Charlie, con un simple gesto. Luego, añadió, tranquilo, como el que invita a un cigarrillo—: No sufra más. Tendrá su medio millón esta misma noche.

Goulding casi se cayó de la silla. Quedóse mirando absorto a Jim.

—¿Qué... qué ha dicho? —jadeó.

—Naturalmente, no creo que se lo entreguen en efectivo —sonrió Jim—. Los Bancos están cerrados a estas horas, incluso en Hong Kong. Pero tendrá en sus manos un cheque por esa suma, que mañana podrá hacer efectivo en cualquier banco local.

—¿Está... está hablando en serio? —tartamudeó Stacey Goulding, sin dar crédito a lo que oía.

—Por supuesto. ¿Cree que bromearía con un asunto así?

—Es que... no puedo comprenderlo. Un hombre como usted... asegurar tan rotundamente que alguien va a darme un cheque por medio millón de libras, como quien presta unos pocos chelines...

—Cuando lo aseguro, es porque puedo hacerlo —suspiró Jim, con un asomo de sonrisa en sus labios de enérgico trazo. Ahora, bebamos amistosamente esa copa, y luego le entregaré una carta mía y una dirección a la que llevarla. Allí le entregarán el dinero, sin más explicaciones.

—Dios mío, sigo sin poder creerlo —jadeó Stacey, mirando alternativamente a su esposa y al joven propietario del «Dragón Verde». Suena todo tan... tan increíble, tan fantástico...

—Es posible que se lo parezca. —Jim se encogió de hombros—. Pero su esposa se lo había advertido ya, ¿no es cierto?

—Sí, claro. Pero aun así... estaba seguro de que eso era imposible.

—Ya ve que no lo es.

—Dígame, ¿cuáles serán los intereses del préstamo y las condiciones de fecha para devolverlo hasta la última libra?

—Eso se lo dirán a usted allí. Posiblemente no habrá plazo fijo. En cuanto a intereses, olvídelo. Mis amigos no prestan por lucro. Y

es a un amigo a quien le envío, se lo aseguro.

—Seguramente en un par de meses podré devolverlo todo, absolutamente todo...

—Eso dígaselo a mi amigo —sonrió Jim—. No soy yo quien le presta el dinero. No podría hacerlo aunque quisiera. Sólo tengo este negocio, y un montón de deudas. Claro que todo el mundo se fía de mí en Hong Kong, y siempre las pago... para contraer otras nuevas. Es mi modo de vivir, señor Goulding. Ahora, brindemos. Por el final de sus apuros y problemas. Y por su esposa, a quien admiro y aprecio sinceramente.

—Por todo eso, Jim. Y por usted también. Creo que es realmente como le describió Laura: un hombre único y asombroso, capaz de todo lo más extraño y sorprendente.

Bebieron. Luego, dejando los vasos sobre la mesa, Goulding miró con fijeza al dueño del club nocturno.

—¿Por qué hace esto por mí? —quiso saber—. ¿Sólo porque tiene una buena amistad con Laura?

—No del todo. También porque le debo a ella un viejo favor... Y Jim nunca olvida un favor.

—¿Un... favor? ¿Laura a usted? —se asombró Stacey.

—No tiene por qué sentirse celoso tampoco ahora —rió suavemente Jim moviendo su rubia cabeza con aire divertido—. En una ocasión, ella me salvó la vida. Fue tal vez por puro instinto o porque una mujer siempre intuye las cosas antes que un hombre. Me avisó a tiempo de un ataque traicionero, y pude salvar el pellejo. Le prometí entonces que le devolvería alguna vez ese favor, fuese como fuese. Me alegra que haya habido ocasión de hacerlo. ¿Satisfecha su curiosidad?

—Sí. Pero estoy seguro, Jim, de que usted hubiera obrado igual, caso de no tener que deber favor alguno a mi mujer.

—Quizá. Eso nunca se sabe, señor Goulding. Ahora podemos ir arriba, a mi despacho. Allí les entregaré esa carta, y tomaremos otra copa de despedida...

* * *

Stacey contempló asombrado al personaje que tomaba en sus manos la cara de «Hong Kong» Jim.

Era un chino que parecía haberse escapado de un viejo filme de aventuras o de una novela «amarilla» de Sax Rohmer^[2]. Alto, enjuto y huesudo, rostro apergaminado, ojos oblicuos y muy negros, lacios bigotes caídos como paréntesis a ambos lados de una boca increíblemente amplia y delgada, kimono de seda roja con dragones negros bordados en él, manos marfileñas, de dedos larguísimos y tiñas curvas, pasmosamente prolongadas. A ambos lados de su asiento, muy parecido a un trono, en la sala de luces tamizadas, verdes y rojas, de fantasmales reflejos, dos pebeteros despedían una aromática humareda tenue.

Aquel asombroso chino de película truculenta, leyó sin embargo la carta de Jim parsimoniosamente, y su rostro no reflejó la menor sorpresa al comprobar la suma que allí se le pedía. Se limitó a mirar a su visitante, bajo el doble arco de sus demoníacas cejas.

—Usted tiene muy buenos amigos, Stacey Goulding —dijo con lentitud—. Este humilde personaje tendrá un alto honor en atenderle debidamente.

Golpeó las palmas de sus manos como si fuese el batir de un gong. Inmediatamente, de modo silencioso, que sobresaltó al fascinado Goulding, apareció otro chino de pequeña estatura, ataviado con pantalón, chinelas y camisa negra de seda, y un gorro igualmente negro, circular, rematando su cabeza. Se inclinó, ceremonioso, ante el chino con aires de mandarín. Ambos hablaron en su lengua nativa.

Tras ese diálogo en el que el chinito servicial mostró una gran deferencia y respeto hacia el fantástico oriental del trono con pebeteros, retiróse finalmente aquél, volviendo a quedar solos ambos hombres.

—Este humilde servidor, conocido en Hong Kong como el Honorable Lo Chang, tiene el placer de anunciarle que en breve le será entregada la suma que ha solicitado.

—Cielos... —Stacey tragó saliva—. ¿De verdad no necesita saber más? Poseo industrias y negocios, y estoy a punto de firmar un importante contrato por más de un millón de libras, con otra entidad europea. Entonces le devolveré...

—Señor Goulding, su humilde siervo Lo Chang no ha hablado de devoluciones, fechas ni avales para su persona. Le envía Jim, y eso me basta. No diga nada. Yo no pregunto nada. Sé que un día

volverá aquí con ese dinero, y eso es suficiente para mí.

—¿Y... y no va a decirme qué intereses debo abonarle cuando...?

—Por favor, señor Goulding, su honorable persona no puede ofender a este humilde chino con semejantes palabras —dijo dignamente Lo Chang—. Sería como hablar de negocios con un Banco. Y yo no soy un Banco. Sólo un amigo de «Hong Kong» Jim. Y por tanto, amigo de sus amigos. Cuando presto algo, jamás cobro intereses. Sería manchar con sucias injurias una buena amistad.

—Perdón, honorable Lo Chang —dijo Stacey, cohibido—. No debí hablar así. Pero estoy habituado al mundo de los negocios. Y a personas que, últimamente, me han sangrado con intereses abusivos...

—No necesita contarme nada —sonrió el oriental, agitando una de sus extrañas y engarfiadas manos—. Imagino fácilmente su historia, honorable señor Goulding. Ah, aquí viene mi servidor...

El criado chino reapareció, volviendo a inclinarse ante su patrón. Puso en sus manos un talonario forrado en piel repujada de oro, así como una pluma estilográfica del mismo precioso metal.

Calmosamente, el Honorable Lo Chang abrió el talonario y escribió con rapidez en una de sus hojitas verdes. Finalmente, arrancó la hoja, con una absoluta indiferencia en sus ademanes, y la tendió a Stacey Goulding. Éste observó que cada cheque iba contrastado en su dorso por el sello y firma de un Banco internacional, conformando la cantidad que allí se escribiera, fuere cual fuere la misma.

Era como dinero en efectivo, pensó con asombro. Bastaba presentar aquel talón ante cualquier ventanilla bancaria, para recibir el medio millón de libras que allí se especificaba, sin más preguntas. Iba extendido a su nombre. Y firmado por unos ilegibles garabatos, mitad occidentales, mitad chinos.

El criado se retiró de nuevo con talonario y pluma. El Honorable Lo Chang miró fijamente a su visitante, que contemplaba el cheque todavía sin salir de su asombro.

—Espero haber cumplido el deseo de mi mejor amigo —dijo lentamente—. Ya nos veremos alguna vez, señor Goulding. No tendrá más que venir y llamar a mi puerta.

—Pero debo darle al menos la garantía de una fecha. Yo pienso

que...

—No se la he pedido —cortó con otro ademán el chino—. Cuando tenga usted ese dinero, sé que vendrá a traerlo. Eso me basta. Buenas noches, señor Goulding. Ha sido un alto honor para esta triste y humilde casa recibir la visita de tan respetable caballero.

Stacey tragó saliva. Caminó, tras una inclinación, hacia la salida del misterioso salón en penumbra, cuya atmósfera despedía los sutiles aromas de plantas quemándose en los pebeteros.

—Hasta pronto, Honorable Lo Chang —dijo roncamente—. Será lo antes posible. Y no olvidaré este favor. Nunca, por mucho que viva, se lo aseguro. Créame, soy yo quien se siente honrado y agradecido de haber conocido a un hombre como usted.

—No me dé las gracias a mí —sonrió el chino misteriosamente—. Déselas a «Hong Kong» Jim. A él se lo debe usted todo...

Stacey Goulding no respondió. Estaba seguro de que era así. Cuando se alejó de la extraña mansión, situada en los laberínticos callejones del barrio chino de Hong Kong, seguía pensando en la pasmosa facilidad con que había conseguido medio millón de libras esterlinas, a través de un hombre que había confesado no poseer nada en el mundo, salvo un bar nocturno y un montón de deudas.

Realmente, Laura había tenido razón. Nunca conoció a nadie como Jim.

CAPÍTULO III

«Hong Kong» Jim suspiró, colocando la última banqueta sobre una mesa. Miró hacia el piano. Suzzie había vuelto a sentarse ante él, tocando otra melodía de melancólicas notas que parecían flotar perezosamente en el ya vacío local. Esta vez, las manos delicadas de la chinita desgranaban los compases de «Sentimental Journey». Desde los muros del local, entre los bambúes, dragones y tapices de Taipeh, rostros *retro* parecían sonreír desde los pósters nostálgicamente. Estaban allí viejas glorias como Bogart, Ann Sheridan, Lana Turner o Maureen O'Hara,

y sus sombras impresas parecían oír las notas de la vieja melodía sentimental con cierto agrado.

Jim se aproximó a Suzzie. Se apoyó en el piano, tomando un sorbo de ginebra. Puso luego su vaso encima del mueble. Suzzie le sonrió, sin dejar de tocar.

—Tocas muy bien, Suzzie —comentó Jim.

—Gracias, Jim. Nunca me lo habías dicho.

—Creí que ya lo sabías.

—Pero siempre es bonito oírsele decir a alguien. Sobre todo, a ti.

—¿Por qué tocas todavía? Ya es tarde. Las otras chicas se fueron...

—Las otras chicas tenían romance. Yo, no.

—Me pregunto por qué... —Jim acarició los lacados cabellos de ella—. Eres bonita, dulce, femenina...

—Esta noche no quise ir yo con nadie. Me salió un capitán de yate y un comerciante de sedas. Les envié al diablo —sonrió la joven oriental, en cuyos rasgos se apreciaba la mezcla de razas.

—¿Por qué?

—Bueno, va en noches. Hoy tengo mi noche sentimental quizás. No me hubiera gustado que un tipo, por muy seguro de sí mismo que esté, me tocara ni una mano.

—¿Y qué harás ahora?

—Irme a dormir sola —sonrió ella, cambiando de ritmo súbitamente, para teclear con buen estilo «Patrulla Americana»—. A veces conviene sentirse un poco sola. Te permite pensar, Jim.

—De sobra lo sé —suspiró el rubio joven—. Por eso no me gusta demasiado la soledad, Suzzie.

—Entonces, ¿por qué no compartimos nuestra mutua soledad por unas horas? —sugirió ella, entornando maliciosamente sus almendrados ojillos.

—Suzzie Feng, ésa es una proposición deshonesta —rió Jim—. Además, tú estás aquí como una profesional. Sabes que yo no tengo un penique. La recaudación de hoy no bastará para pagar mañana los impuestos y la factura de la licorería...

—¿Quién te pide dinero, Jim? —protestó ella con aire ofendido—. Te estaba pidiendo que vengas conmigo. No te habla la profesional. Sólo te habla Suzzie Feng. Una chica solitaria, que a veces necesita a alguien que no le pague, para sentirse acompañada de verdad.

—¿De veras lo deseas?

—Con toda mi alma, Jim. ¿Por qué crees que me he quedado a tocar el piano? Esperaba algo así. Quería hablarte. Saber si valgo lo suficiente para ti...

—Vales demasiado para un vagabundo de los muelles y los suburbios como yo. También para venderte cada noche por una cifra determinada. Pero eso ya es asunto tuyo.

—En efecto. Lo es. Te vi antes con esa pareja americana... Ella es hermosa.

—Es sólo una amiga.

—Aunque fuese algo más, tú dirías lo mismo. Eres un caballero.

—Quizás. Pero lo digo en serio. Ella es una vieja amiga. El lo ha sido ahora. No hay nada entre nosotros dos. No lo hubo nunca.

—Te besó al marchar. Yo sé cuándo una mujer besa al hombre que le gusta.

—Les hice un pequeño favor. Eso es todo. Era un beso de

amistad y gratitud.

—No, Jim. Era un beso de mujer enamorada, aunque tú no lo admitas o ella no quiera aceptarlo así. Eso me hizo sentir celos.

—¿Celos? ¿De mí? —Jim la miró asombrado.

—Sí, ¿por qué no?

—No me gustan los celos. Yo os quiero a todas. A mis chicas y al resto de las mujeres bonitas del mundo. Pero no hago deferencias ni excepciones. Porque hoy te acompañe, mañana no seré distinto. Tú seguirás siendo Suzzie, una chica del «Dragón Verde» que se busca aquí su vida. Y yo el dueño de este local, que gana solamente el beneficio de lo que vosotras bebéis y hacéis beber a vuestros amigos de cada noche, ¿está eso bien claro?

—Sí, Jim. Nunca pedí otra cosa. Sé cómo eres. Y sé cómo piensas. Aun así... quiero ir contigo esta noche.

—Bien. —Jim apuró su ginebra. Puso una mano sobre las teclas, impidiendo que la música siguiera sonando. Miró a Charlie, que recogía la barra—. Puedes irte ya, Charlie. Yo acompañaré a Suzzie cuando salga. Buenas noches.

—Buenas noches, patrón —dijo el chino, quitándose el delantal.

Abandonó el bar por la puerta trasera. Jim apagó algunas luces más, dejando una sola. Suzzie recogió su bolso, esperando. Jim mostró una escalera al fondo.

—¿Quieres subir a mi piso, o voy yo al tuyo, Suzzie? —indagó.

—Mejor será quedarnos aquí —suspiró ella—. Es preferible.

—Bien. Cerraré el local —guardó el dinero de la recaudación en su bolsillo y dio la luz de la escalera, apagando la última del local—. Vamos, Suzzie, querida. Y ojalá no te arrepientas de esto...

—Estoy segura de que no —sonrió la joven mestiza de raza blanca y amarilla—. Será el mejor recuerdo que conservaré durante el resto de mi vida, podría jurarlo.

Echaron a andar hacia la escalera. Iban a iniciar la subida hacia la planta alta, donde Jim tenía su despacho y su pequeña vivienda. En ese momento, un grito agudo sonó en el callejón posterior, al que daba la puerta trasera del bar.

Era un grito de mujer. Luego, sonó otro grito. Y un sordo estampido que Jim reconoció en el acto: era un disparo hecho con silenciador.

—¿Qué es eso? —jadeó Suzzie, asustada, deteniéndose en los

escalones.

—No sé. —Jim se movió rápido hacia el mostrador—. Algo ocurre afuera...

—¡No vayas, Jim! —imploró ella, asustada.

—No puedo dejar que maten a alguien junto a mi bar, sin intervenir —dijo Jim con brusquedad, extrayendo de un cajón el revólver que guardaba siempre allí para prevenir posibles dificultades—. Especialmente, cuando hay una mujer por medio...

Cuando de nuevo sonó el chillido de mujer, lleno de terror, ya Jim estaba abriendo con rapidez la puerta de atrás, mientras avisaba a Suzzie:

—¡Ocúltate tras la columna, para evitar riesgos!

Abrió y salió al oscuro exterior, revólver en mano.

* * *

Llegaba ya tarde para salvar, al menos, una vida.

Un hombre yacía de bruces en el empedrado del callejón, con un agujero de bala en la sien. Nadie con un disparo así puede sobrevivir. La sangre corría por su rostro crispado, a la débil luz de una farola algo distante.

El resto de la escena tampoco resultaba nada esperanzador. Otro hombre cubría con su cuerpo y su arma a una mujer agazapada contra un muro, con gesto de vivo terror, tratando de protegerla de tres adversarios. Pero el arma del hombre era solamente una navaja automática. Y sus enemigos llevaban en sus manos dos pistolas con silenciador y un cuchillo.

Avanzaban hacia el protector de la mujer, tras haberse deshecho, sin duda, del hombre muerto en tierra. Sonreían siniestramente, seguros de su superioridad, y sólo estaban dando tiempo a su enemigo para que éste viera llegar la muerte de modo irremisible.

Jim alzó su revólver y disparó al aire. El estampido del arma ensordeció con sus ecos el angosto y serpenteante callejón. Los tipos se volvieron bruscamente hacia él con sobresalto.

—¡Maldito entrometido! —aulló uno de los hombres armados de pistola—. ¡Lárgate de aquí o te cosemos a balazos junto con esos dos!

—Ha sido un aviso —silabeó Jim duramente—. Tirad esas armas, o esta vez dispararé a dar...

No obtuvo éxito su amenaza. Las armas se volvieron hacia él con rapidez. Jim apretó el gatillo dos veces.

Los tipos armados de pistola recibieron los balazos. Uno se agitó al sentir el mazazo ardiente en pleno pecho, tosió, soltando su arma, y cayó de rodillas, vomitando sangre. El segundo vio cómo su mano se despedazaba allí donde la bala le arrancaba el arma y reventaba sus dedos. Aulló como una fiera herida, retrocediendo aterrado.

El tercero, al ver el panorama, echó a correr sin soltar el cuchillo. Y entonces, el protector de la mujer cometió un grave error: tratar de interceptar al que huía.

Éste juró sordamente, sintiéndose acorralado, y lanzó su cuchillo contra el adversario, antes de desaparecer a la carrera tras la esquina inmediata del tortuoso callejón.

Para desgracia del protector de la dama, el cuchillo fue lanzado con fuerza y buen tino, hincándose en el vientre del hombre. Jim le oyó gritar de dolor, llevarse las manos al boquete abierto y rodar por tierra, con la sangre corriendo tumultuosa por entre sus dedos crispados. Era una herida mortal el noventa y cinco por ciento de las ocasiones, pensó Jim amargamente, encañonando con su revólver al único superviviente de los agresores, que no había llegado a emprender la fuga: el tipo de los dedos rotos y astillados.

—Intenta tú escapar, amigo, y te volaré los sesos —avisó Jim duramente.

El otro gimoteó algo, apoyándose en la pared, con su mano destrozada colgando inerte y goteando abundante sangre sobre el empedrado.

Los ojos de Jim se clavaron en la mujer erguida que miraba toda aquella masacre con ojos aterrados. Era alta, rubia y bien vestida. Tenía ojos azules y un rostro tan atractivo como su figura. El rostro tenía el color de la cera en estos momentos.

—Dios mío... —la oyó jadear—. Ha sido horrible...

—Sí, es horrible —admitió Jim—. Pero ya no tiene remedio. Sus acompañantes no saldrán de ésta, se lo aseguro. Usted parece que tuvo suerte, señorita... Entre en este local, por favor. Ya no tiene nada que temer. Tú también, rufián. Tengo que entregarte a la

policía. Será mejor que no te resistas.

El de la mano rota sollozó, empezando a andar, tambaleante, hacia Jim. Cuando estuvo más cerca, sus sollozos crecieron y se llevó la mano zurda al rostro, como para enjugar su llanto de dolor y de rabia.

No era más que un truco. Jim, por fortuna, se los conocía casi todos. Pudo evitar a tiempo lo irremediable.

La mano ilesa del individuo, apenas tocó el rostro, descendió con celeridad, esgrimiendo un afilado estilete que dirigió al cuello de Jim. Sin duda alguna, lo había extraído de debajo de su camisa, a la altura del cuello, donde debía llevar alguna funda al efecto.

Jim no pudo hacer otra cosa que apretar el gatillo, al tiempo que saltaba hacia atrás para evitar el tajo mortífero sobre su carótida, y la mujer gritaba llena de terror al advertir la maniobra del rufián.

El disparo de Jim, a bocajarro, penetró en el estómago del agresor, lanzándolo atrás con un berrido de agonía. Sus dedos zurdos soltaron el estilete, pero del cuello de Jim goteaba la sangre ahora. Por fortuna, era sólo un corte superficial que, de no mediar su rapidez de reflejos, hubiera resultado mortal por completo.

El herido, rodó por el suelo, cayendo cerca de donde ya daba su último estertor el compañero de la mujer herido en el vientre por el cuchillo del fugitivo. De su estómago brotaba la sangre, y la crispación de su rostro revelaba una mezcla de agonía y de dolor.

—Es una lástima —comentó Jim, limpiándose distraídamente la sangre del cuello de un manotazo—. De los tres agresores, dos están muertos y uno escapó... Me hubiera gustado oír la historia que tenían que contar para justificar todo, esto...

—No se preocupe —susurró la mujer, a punto de desvanecerse en apariencia, tal era su lividez y crispación—. Yo se la contaré...

CAPÍTULO IV

El *whisky* pareció devolver a la desconocida cierta calma. Jim colgó el teléfono, tras avisar a la policía local e informarles de la sangrienta reyerta en la calleja posterior de su establecimiento.

—Ya vienen hacia acá —dijo con acento afable, sentándose frente a la dama—. No tiene por qué preocuparse. El mayor Shelton es un buen amigo, y él es el jefe de la Brigada de Homicidios de Hong Kong. Se ocupará personalmente del asunto. Aunque, naturalmente, tendrá que hacerle a usted unas preguntas cuando venga...

—Naturalmente —sonrió ella con amargura—. Supongo que, dadas las circunstancias, es lo más normal. Usted también desea preguntarme algunas cosas, ¿no es cierto?

—Sólo una: quién es usted, y por qué le ocurrió todo eso allá afuera, señorita...

—Kelly. Mi nombre es Belinda Kelly. Soy inglesa. Y mi trabajo consiste en ser la secretaria personal de un hombre importante en Macao: el doctor Hasper Basserman.

—¿Usted vive en Macao?

—Desde hace un tiempo. Ya le digo que trabajo para el doctor Basserman. ¿Ha oído hablar de él?

—La verdad, no. Tal vez oí su nombre alguna vez, pero no simpatizo demasiado con los médicos.

—El doctor no es un médico —sonrió ella, con expresión divertida—. Es doctor en química y farmacia. Uno de los mejores. De origen alemán, nacionalizado canadiense, y residiendo ahora en Macao, donde trabaja como técnico de una gran empresa química, la Schwartz Chemical, con sede central en Ginebra, Suiza.

—Muy lejos está el doctor de su sede central. ¿Qué hace esa

empresa en un lugar como Macao?

—Oficialmente, es una avanzada de la química europea en Oriente, actualmente intentando un convenio comercial importante con la China Continental.

—Ya. ¿Y extraoficialmente? —sonrió Jim, con astucia.

—Nadie lo sabe. Yo imagino algo. Y otras personas también lo imaginan.

—¿Drogas?

—Usted parece muy listo...

—Jim —respondió él brevemente.

—¿Jim? ¿Sólo Jim?

—Sólo Jim. Si acaso, algunos me llaman «Hong Kong» Jim. Pero no son mis amigos.

—Bien, Jim. Dije que usted parece muy listo. Y lo es. ¿Por qué mencionó las drogas precisamente? Ésta es tierra de ellas, sin necesidad de que venga una industria química europea a elaborarlas...

—El plan puede ser otro: adquirir drogas orientales en Macao, refinarlas y tratarlas industrialmente en la Schwartz, y luego exportarlas a otros países donde se paguen bien, como en Europa y los Estados Unidos, bajo la apariencia de inofensivos y rutinarios productos químicos, perfectamente legales.

—Lo dicho: usted es muy vivo pensando, Jim. Pero tener pruebas de algo así, significa hacer oposiciones a morir.

—¿Y eso le pasó a usted?

—Eso me pasa a mí.

—Tiene pruebas, y no le gusta el juego. Alguien lo sabe, y quiere silenciarla lo más rápidamente posible. Usted se protege con dos guardaespaldas, que resultan inútiles frente a los matones de turno.

—Algo así.

—¿Y qué pinta el doctor Basserman en todo esto?

—El... el ha desaparecido. Sin dejar rastro.

—¿En Macao?

—En Hong Kong. Lo último que supe de él es que estaba aquí, en esta ciudad, en un hotel de Victoria Quartier. Ahora no aparece por parte alguna. Nadie sabe nada de él. Y en la Schwartz Chemical están recelosos. Han dado órdenes de dar con él como sea. Me temo que hay algo peor que una simple búsqueda de un

eficiente técnico, por conveniencias comerciales.

—¿El doctor Basserman tampoco está de acuerdo con el asunto de refinar y tratar industrialmente el proceso de exportar drogas?

—Por supuesto que no. Pero hay algo más. Algo que no sé bien del todo, pese a ser su secretaria. Es posible que el doctor Basserman, casualmente, haya dado con una fórmula nueva, quizá un narcótico diferente y de gran valor para la Schwartz y ha tenido miedo de dar su hallazgo a la empresa. Legalmente es así, toda su labor allí está necesariamente a disposición de sus patronos, como consta en contrato, por ser una empresa destinada también a experimentación e investigación química, y de ahí el afán de ellos por dar con él.

—¿Teme por su vida?

—Si intenta escapar, sí. Y si le capturan y obtienen su fórmula, también.

—¿Se llevó consigo esa fórmula?

—Se llevó todos sus papeles en una cartera personal. Suponen que también la fórmula.

—¿Y usted qué supone?

—Más o menos lo mismo —confesó ella con un apagado suspiro.

—Entiendo —admitió Jim, pensativo—. ¿Va a contarle todo eso al mayor?

—Si la policía es informada de esto, mi vida valdría menos aún. Los de la Schwartz me matarían.

—De todos modos, lo intentaron esta noche, ¿no?

—No. Creo que hoy sólo pretendían secuestrarme, aunque al final fuese lo mismo, si no podía ayudarles a encontrar a mi jefe.

—¿Y no puede?

—No. Ignoro dónde puede estar el doctor en estos momentos, se lo juro.

—Bien. De todos modos, deberá inventar algo plausible para el mayor. Es muy listo él también, y no se tragará fácilmente un cuento chino, ni siquiera aquí, en Hong Kong. Planearemos algo convincente mientras llega —una sirena sonó, lejana, en la noche de la exótica ciudad, y Jim añadió—: Lo cual no va a demorarse ya mucho, como oye...

—Olvidaba decirle algo. Hay otras personas que buscan al doctor, no sé si trabajando para los laboratorios de Macao o para sí

mismos.

—¿Quiénes son esas personas?

—No lo sé. Tal vez los matones de hoy pertenecían a su grupo. O tal vez no. Lo único cierto es que ese grupo es llamado por algunos con un nombre muy raro.

—Abrevie. ¿Qué nombre? Hemos de pensar algo para dar como versión a la policía...

—Les llaman... Les llaman «Los Hermanos del Dragón».

—¡«El Dragón»! —Jim puso por vez primera una expresión tensa, extraña, y sus ojos brillaron duramente—. Cielos, malos enemigos tiene su doctor, señorita Kelly...

—¿Quién... quién es «El Dragón»?

—Algo más que un simple animal mítico, aquí en Hong Kong. Algo más que el nombre de un club barato como el mío... «El Dragón» es el más implacable asesino de esta ciudad. Y sus sicarios, perfectos ejecutores sin piedad. Por Otro lado... nadie sabe *quién* es «El Dragón»...

* * *

El mayor Brian Shelton hizo unas anotaciones rápidas en un bloc, mientras estudiaba con una mezcla de curiosidad y preocupación a la bella joven sentada frente a él en el desierto local nocturno.

—Una historia algo confusa, señorita Kelly —manifestó al fin, frotándose el mentón con el lápiz metálico.

—Lo sé —suspiró ella, mirando alternativamente al policía y a Jim—. Pero no puedo contarle otra, mayor. Es la pura verdad. Todo lo que sé del asunto.

—Veamos si lo he entendido bien —manifestó él, expresándose con lentitud—. Usted trabaja para un químico en Macao, está de viaje turístico en esta ciudad, y de repente se vio mezclada en la salvaje lucha a muerte de dos bandas rivales, en plena calle, debiendo ser protegida por Jim, que la introdujo en este local, tras haberla rescatado de entre los asaltantes, mientras éstos se mataban entre sí, no sin llegar a ser herido el propio Jim superficialmente por el arma de uno de ellos.

—Sí, eso es lo que sucedió —corroboró ella, con perfecta sangre

fría.

—¿Y usted nada tenía que ver en el enfrentamiento?

—No, nada. ¿Qué podía tener yo de relación con esas dos bandas de asesinos?

—Es lo que me pregunto yo —suspiró el mayor, pensativo—. ¿Intentaban acaso secuestrarla alguno de esos grupos?

—Lo ignoro. Pero de ser así, ¿por qué iban a pretender defenderme unos desconocidos? Además, nadie me amenazó directamente a mí. Sencillamente, se lanzaron unos sobre otros, como si se conocieran bien entre sí, comenzando la pelea a muerte. Llevaban pistolas, cuchillos y todo eso.

—Sí, ya lo he advertido. Fue una buena carnicería la de allí fuera, señorita Kelly. Es posible que usted sólo fuese un personaje casual en medio de la pelea. Pero dígame, por favor, ¿qué hace una joven como usted, sola y sin protección, deambulando por estos barrios de Hong Kong en plena madrugada?

—Bueno, eso tiene una fácil respuesta —sonrió Belinda Kelly con admirable serenidad y compostura—. Para todo turista, recorrer Hong Kong de noche, es toda una aventura fascinante. Es lo que todo el mundo me decía. De modo que traté de conocer esa experiencia en cuanto tuve ocasión.

—Una experiencia muy peligrosa. Otras, por tratar de vivirla como usted hizo, han terminado su recorrido turístico en la Morgue.

—Dios mío —ella se estremeció, como si estuviera realmente asustada ante las palabras del mayor Shelton, de la policía militar de Hong Kong—. Lo dice usted de un modo que hiela la sangre...

—Es el único modo de explicar que pudieron haberla matado, que me viene en estos momentos a la mente, señorita Kelly. Tuvo suerte de encontrarse cerca de una persona como «Hong Kong» Jim. No abundan los tipos como él. Se lo digo yo, que conozco bien esta maldita ciudad.

—Empiezo a pensar igual —sonrió, mirando con expresión agradecida a Jim—. Lo cierto es que se jugó la vida por mí. Estuvieron a punto de degollarle...

—Me gustaría saber quién puede ser capaz de tal hazaña —rió sordamente el mayor Shelton, dirigiendo una cáustica mirada al sonriente joven rubio—. Y tú, Jim, seguro que le metiste un balazo al tipo en cuestión, ¿no es cierto?

—No me dieron otra opción, Brian. ¿Vas a acusarme de homicidio?

—Bien sabes que no —gruñó el otro, encogiéndose de hombros y guardando su bloc en un bolsillo de su camisa militar—. Matar en legítima defensa a un rufián de esa calaña no merece una condena. Diré en mi informe, para evitarte problemas desagradables, que todos ellos se mataron entre sí, en presencia de la señorita Kelly. Eso bastará.

—Eres muy amable, Brian —suspiró Jim.

—De todos modos, evita meterte en líos en lo sucesivo.

Mis superiores acabarían extrañándose de que un tipo como tú ande siempre mezclado en problemas ajenos, y se decidirían quizás a investigar un poco tu vida.

—Pueden hacerlo, Brian —protestó Jim—. No soy un delincuente ni hago nada ilegal. Poseo un negocio, pago mis impuestos...

—Me sé ese cuento de memoria —bostezó el mayor, poniendo bajo su axila izquierda la fusta que habitualmente llevaba consigo—. Pero sé también que tienes amistad con bribones de toda laya, desde contrabandistas a espías, prestamistas y tahúres, y que tu negocio es a veces el refugio de más de un desesperado que tiene cuentas pendientes con la justicia. Por otro lado, este local tuyo no goza de buena fama en Hong Kong.

—Hong Kong es una ciudad que tampoco goza de buena fama, toda ella —rió Jim—. Y aquí está.

—No me refiero a eso, Jim. No tiene buena fama entre mis superiores. El Gobernador militar de Hong Kong ha pedido a veces informes sobre «El Dragón Verde». Recuerda que ni siquiera la muerte de «Fats» Canary, su antiguo dueño, se puso todavía en claro.

—De eso no tengo culpa. El solo era un buen amigo, que me legó su negocio en pago de una vieja deuda. Le mataron, es cierto. Pero cuando yo me hice cargo de su club, él ya estaba muerto.

—«Fats» era un pájaro de cuenta, metido en feos asuntos de contrabando de drogas y de joyas, Jim. Debíó ir demasiado lejos, y alguien se deshizo de él. Hay quien dice que fue cosa de «El Dragón».

Belinda se estremeció, clavando sus ojos preocupados en el

mayor Shelton. No pudo evitar una mirada rápida y angustiada hacia Jim. Éste apretó con fuerza su mano, sin dejar de sonreír, pero estuvo seguro de que Shelton se había percatado del hecho.

—¿«El Dragón»? —Había una aparente ingenuidad en el tono de Jim—. He oído hablar mucho de ese pájaro, pero nunca estuve seguro de que existiera realmente, Brian.

—Existe, te lo garantizo —replicó el mayor, secamente—. En algún lugar de esta sucia ciudad, se oculta ese jefazo del crimen organizado, tendiendo sus tentáculos por doquier. Vale más que no te veas nunca mezclado en asuntos que le atañen a él.

—¿Yo... mezclado con «El Dragón»? —El modo de hablar de Jim casi resultaba escandalizado—. Vamos, vamos, Brian. Puedo tener amigos turbios y reprobables, pero nunca un asesino entre ellos.

—Ya sé que tú nunca serías amigo de semejante personaje siniestro —admitió Shelton—. Y eso es lo que me preocupa. Si llegaras a enfrentarte con él, tu vida no valdría un penique.

—¿Tan peligroso crees que es? —Había escepticismo en su voz.

—Me extraña que tú preguntes eso, Jim —manifestó el mayor, sordamente—. Conociendo como conoces esta ciudad, debes saber sobradamente la clase de adversario que puede ser «El Dragón», incluso para un tipo duro como tú.

—¿Por qué le llaman así, «El Dragón»? —preguntó ingenuamente Belinda.

—En este lugar, a la gente le gusta dar nombres fantásticos a los demás, sobre todo cuando desconocen el verdadero nombre o identidad de un tipo. No sé si él mismo o algún otro, le aplicó ese nombre, y ya le ha quedado de modo definitivo. Su gente son conocidos como «Los Hermanos del Dragón», y pertenecen a la más baja calaña humana imaginable. Más o menos, individuos como esos que están muertos ahí fuera. Incluso podría ocurrir que fuesen realmente «Hermanos del Dragón» los que murieron esta noche en la reyerta.

—Dios mío... —Belinda mostró su agitación, y ahora era sincera—. ¿Usted cree, mayor?

—Es muy posible. Su banda es sumamente peligrosa, un auténtico grupo de asesinos sin piedad.

—¿Y... él? ¿Su jefe? ¿No saben nada de su persona?

—Nada —suspiró Shelton—. Podría ser una mujer, incluso, sin

que ninguno supiera que ella es «El Dragón». Nadie le ha visto nunca el rostro. Un agente de la policía, un subordinado mío, llegó a introducirse en la banda. Pudo transmitirnos que estaba a punto de verse cara a cara con «El Dragón», en un lugar donde éste convocaba a su gente. Es lo último que transmitió con su emisor portátil. Le sorprendieron. Nos fue enviado su cadáver, mutilado y horriblemente torturado previamente. En el pecho le habían tatuado a fuego un dragón. Era la firma de ese canalla.

—Cielos, es horrible... —Se estremeció Belinda, muy pálida—. La verdad, no quisiera estar en el camino de esa gente...

—Ni yo se lo aconsejo, créame. Espero que lo ocurrido esta noche le sirva de escarmiento. No vuelva a arriesgarse sola por Hong Kong, y menos durante la madrugada. ¿Dónde se aloja?

—En el hotel Mandarin.

—La felicito. Un hermoso lugar para residir. Tan caro como confortable. Le aconsejo que no salga de esa zona de la ciudad, a menos que la acompañe alguien lo bastante de fiar.

—Yo la acompañaré ahora a su hotel, Brian —se ofreció Jim—. No pienso dejarla, después de lo ocurrido.

—Bien, Jim. Eso me permitirá ocuparme de otros asuntos en la oficina. Después de todo, ya no me acostaré. Es demasiado tarde para volver a la cama. Señorita Kelly, si advierte algo sospechoso o inquietante cerca de usted, no dude en avisarme en seguida. Gustosamente le prestaremos protección —le tendió una tarjeta de visita—. Ahí tiene mi teléfono particular y el de las oficinas de la Policía Militar.

—Es muy amable, mayor. Espero no tener que necesitarle nunca.

—Sí, ésa será la mejor señal —admitió él, inclinándose cortés, antes de emprender el camino de la puerta. La abrió. Fuera, sus hombres cargaban ya los cuerpos en una ambulancia—. Por cierto, señorita Kelly, ¿cuál es el nombre de la persona para quien usted trabaja en Macao como secretaria? Simple formulismo, claro...

—Es... es el doctor Hasper Basserman —dijo ella, tras una vacilación, mostrándose incómoda por primera vez—. Ya le dije: químico de una empresa europea radicada allí.

—Gracias. Eso es todo. Buenos días a ambos.

—Adiós, Brian —respondió Jim—. Gracias a ti por todo.

—No he hecho nada por ella ni por ti... todavía —fue el

comentario del mayor, antes de cerrar suavemente tras de sí.

Ambos jóvenes se quedaron solos en el local vacío. Se miraron. Fuera, roncaban los motores del coche oficial de Brian Shelton y de la ambulancia cargada de cuerpos sin vida.

—¡Uf...! —murmuró ella—. Ese hombre es muy listo, Jim.

—Más de lo que parece. No sé si se ha creído su historia. Lo cierto es que ha relacionado todo esto en seguida con «El Dragón».

—¿Quiere saber una cosa, Jim? Creo que estoy asustada...

—No se lo reprocho. Está metida en un buen lío. Por un lado la Schwartz y su negocio de drogas... Por el otro, los «Hermanos del Dragón»... Tal vez unidos ambos, por un común interés. «El Dragón» aceptaría cualquier asunto que le reportase grandes beneficios. Es un personaje muy ambicioso, evidentemente.

—¿Qué puedo hacer ahora? Pueden caer sobre mí, sobre usted...

—Ya es tarde para echarse atrás. Usted busca a su jefe desaparecido. Alguien cree, sin embargo, que usted podría tener conocimiento del paradero del doctor Basserman, y tratan de secuestrarla. Lo ocurrido esta noche la salva del rapto, pero no de lo que puede suceder a partir de ahora. Yo le aconsejaría que se marchase lo antes posible de Hong Kong. Sería una medida prudente y acertada.

—Sí, creo que debo hacerlo, pero sin saber nada de mi jefe, yo...

—Escuche esto, amiga mía: su jefe ya tiene bastante con sus problemas, para meterla a usted en ellos más a fondo. Quedándose aquí, no ayudará nada a Basserman, y pondría en peligro su vida.

—Es posible, pero Elmer no me perdonaría nunca que le dejase plantado sin explicaciones...

—¿Elmer? —indagó Jim, frunciendo el ceño—. ¿Quién es Elmer?

—Oh, es cierto. Perdóneme. En el momento de excitación y sobresalto que siguió a lo de la callejuela, llegué a olvidarme de decirle quién es Elmer... Elmer Barrow, mi prometido.

—¿Su prometido? ¿Dónde está él?

—Aquí, en Hong Kong. Pero habitualmente también está con frecuencia en Macao.

—Vaya... ¿Le conoció usted allí?

—Sí. Ha venido tras de mí, temiendo que le dejara solo. En realidad, trabaja en ambas ciudades, tanto en Macao como en Hong

Kong.

—Ya. ¿Y en qué trabaja?

—Es fotógrafo y escritor. Edita libros de viajes, ilustrados con sus propias fotografías muy personales y artísticas. Ha editado ya un volumen dedicado a la China Popular, dividido en dos partes, de las que pronto saldrá a la calle el segundo tomo. Y tiene otro sobre Taiwan, Hong Kong y Macao, que está terminando ahora de preparar.

—Ya veo. Un cronista de lo exótico, para consumo de turistas —comentó Jim, pensativo—. ¿Por qué no la acompañaba esta noche, siendo su prometido?

—Salí del hotel sin avisarle. El tiene un pequeño apartamento en Caine Road. No podía saber que yo andaba por ahí.

—¿Por qué no le avisó?

—Quería recorrer a mi modo ciertos lugares de Hong Kong. No por simple turismo, ya puede imaginarlo. Buscaba un rastro del doctor Basserman. Elmer hubiera sido más un estorbo que una ayuda en tal caso. Preferí iniciar la tarea con los dos guardaespaldas a sueldo.

—Entiendo. ¿Quién le tramitó el alquiler de esos hombres?

—Un empleado del Mandarin Hotel. No pareció extrañarse. Dijo que una mujer joven y bonita, no debe recorrer sola esta ciudad durante la noche.

—Ya ve que acertó. Ni siquiera sus gorilas le sirvieron de mucho —la estudió silencioso—. ¿Vamos de regreso a su hotel, señorita Kelly? Ya es muy tarde.

—Como usted quiera, Jim. Le agradezco que venga conmigo...

—No podría hacer otra cosa, dadas las circunstancias. En marcha —dijo, guardando el revólver bajo su chaqueta de cuero con cremallera, que se puso sobre su camiseta estampada. Una gorra de marino con visera completó su indumentaria, cubriéndole los ondulados cabellos rubios. Golpeó la visera de charol, sonriendo—. Recuerdo de cuando tenía un pequeño yate propio para recorrer el mundo. Ahora yace en el fondo de una bahía. Unos traficantes de opio me lo hundieron cuando pretendía darles caza porque me habían robado mis ahorros y unos objetos de arte muy valiosos.

—Siempre ha estado metido en problemas, ¿no es cierto? —sonrió ella, saliendo al callejón en su compañía, y estremeciéndose

al ver el serrín sobre las oscuras manchas de sangre que se secaban entre el empedrado del serpenteante vericuerdo callejero.

—Casi siempre. —Jim se encogió de hombros—. No podría vivir sin ellos. Cualquier día traspasaré mi club o se lo regalaré a Charlie Wen, mi barman, para seguir viajando por el mundo, aunque sea a bordo de un simple junco chino. La monotonía me aburre.

—¿Le llama monotonía a su vida en Hong Kong?

—Sí. Esta noche tuve problemas con un tipo que vino a matarme, y luego la saqué a usted de apuros, pero eso no ocurre todos los días.

—Me asombra usted, Jim. Es un tipo increíble.

—Sí, eso dice la gente —rió él de buena gana, con sus manos hundidas en los bolsillos del chaquetón de cuero—. ¿Puedo llamarla Belinda?

—Claro. Después de todo, somos amigos.

—Bien, Belinda. Hay algo que aún no me ha contado.

—¿Yo? —Ella enarcó las cejas, mirándole con cierta zozobra—. ¿Por qué dice eso?

—Porque es la verdad. Dígame, ¿qué clase de pista tiene para buscar usted sola, en plena noche, a su jefe, al doctor Hasper Basserman?

—Oh, era eso... —Ella suspiró, moviendo la cabeza—. Veo que nunca pierde detalle...

—Tal vez a eso le debo el continuar con vida, Belinda. ¿Existe algún motivo para ocultármelo?

—Bueno, yo pensé que sí existía... —musitó ella roncamente.

—¿Por qué?

—Le seré franca —ella se volvió, clavando sus ojos en él, con repentina firmeza, y su respuesta dejó sorprendido y desorientado a «Hong Kong» Jim—: Sólo sé una cosa sobre Hasper Basserman, mi jefe. Y se la voy a decir. El último lugar de esta ciudad, donde fue visto antes de desaparecer, fue, precisamente, un local llamado «Club del Dragón Verde». Su negocio precisamente, Jim...

CAPÍTULO V

—Esa chica tuvo razón entonces, patrón.

—¿Estás seguro? —masculló Jim, sosteniendo ante los almendrados ojos de Charlie el recorte de periódico que mostraba el rostro apacible, de canosos cabellos y gruesas gafas del doctor Hasper Basserman, famoso químico.

—Ya sabe que Charlie rara vez olvida una cara —respondió su camarero, con la proverbial calma con que siempre se expresaba. Sus dedos golpearon el recorte, tras secarlos en el paño—. Ese hombre estuvo aquí hace cosa de seis o siete noches, patrón.

—Yo no lo vi.

—Usted, patrón, nunca se fija en los hombres —rió Charlie Wen de buen humor—. Está demasiado ocupado con las chicas. Además, es posible que anduviera por arriba, en su despacho. No estuvo mucho tiempo aquí, la verdad. Se sentó en una mesa, creo que aquélla —señaló una, junto al piano, justo bajo uno de los retratos de artistas cinematográficos—. Pidió *brandy* de buena calidad, por eso me fijé en él. Aquí nadie exige *brandy* de marca. El, sí. Coñac francés, para ser exactos. Se lo serví. Lo apuré en seguida. Parecía nervioso. Miraba muchas veces a la salida. Eso me hizo pensar si intentaría marcharse sin pagar, aunque tenía aspecto de persona respetable, pese a lo sucio y arrugado de su traje color crudo, de hilo. Pero en vez de eso, vino hasta el mostrador, me pidió otro *brandy* y puso junto a la copa un billete de veinte libras, para que le cambiase. Se tomó aquella nueva copa de un trago, me dejó una libra de propina y se marchó, tras una nueva ojeada a la sala. Creo que, entonces, estaba ya Suzzie al piano, tocando sus melodías. Tal vez ella también le vio, no sabría decírselo, patrón.

—Se lo preguntaré. —Jim tomó el retrato recortado de una

revista, lo estudió y meneó la cabeza de un lado a otro—. ¿Parecía asustado, Charlie?

—¿Asustado? —El barman se encogió de hombros—. Es posible. Sí, puede que fuera eso lo que tenía: miedo.

—¿Llevaba algo consigo?

—Espere... —meditó Charlie, pensativo. Luego afirmó, con un brillo inteligente en sus ojillos—. Sí, un portafolios, un maletín de esos de ejecutivo, patrón. No lo soltó ni una sola vez. ¿Ocurre algo con él? ¿Es amigo suyo tal vez?

—No lo he visto en mi vida, Charlie —confesó Jim, ceñudo, alejándose del mostrador.

Charlie le siguió con mirada y gesto perplejos, se encogió de hombros y siguió limpiando vajillas tras el mostrador.

Con Suzzie no resultó. Ella no había visto al hombre, declaró tras examinar atentamente la fotografía. Y si lo vio, no lo recordaba en absoluto.

Belinda Kelly dijo la verdad. Basserman, el químico desaparecido, estuvo en su local antes de desaparecer sin dejar rastro. Quizás estuvo en muchos otros. Alguien que le conocía, había dicho a Belinda, su secretaria, que estuvo en «El Dragón Verde» una noche. Se preguntó quién conocía tanto a Basserman para haberle reconocido allí, en su negocio. Belinda desconocía a su informador. Había recibido por teléfono el dato, sin que el comunicante diese su identidad. Podía ser un secuestrador del doctor Basserman, pero ¿por qué tendría que decirle nada a Belinda, a menos que todo fuese una emboscada para cogerla allí, en el callejón, la noche anterior, y hacerla cautiva?

Había muchas cosas oscuras en el asunto de Basserman. Demasiadas para su gusto. No le importaba el misterio aquel, pero de un modo u otro, estaba mezclado en él, y eso podría traerle complicaciones.

—¿Hay algo que te preocupa, Jim?

Era Suzzie quien preguntaba. El le sonrió, encogiéndose de hombros.

—El negocio —confesó ambiguamente—. Gano menos de lo que quisiera.

—Eso ocurre siempre —sonrió Suzzie—. En tiempos de «Fats» aún se ingresaba menos dinero. No puedes quejarte. Esto se llena

muchas noches. Con él, nunca.

—Es que era más feo y gordo que yo —rió Jim, sarcástico—. Pero la gente que viene tampoco gasta demasiado, la verdad.

—Nosotras hacemos lo que podemos. Debe ser la crisis mundial. La hay en todas partes.

—Sí, quizá sea eso... —Jim contempló los dedos de la muchacha oriental, con mezcla de sangre occidental, y sonrió, al ver cómo cambiaba de ritmo para tocar una vieja melodía. Tocas muy bien, Suzzie. Merecerías trabajar en el negocio de un tipo que tuviera el oro apilado en lingotes.

—¿Existe alguien así en el mundo? —rió ella—. Siempre toco lo mismo, Jim. Pero he decidido cambiar un poco el repertorio. Por eso he traído partituras para ensayar. Lo intenté hace una semana, pero desistí. Ahora vuelvo a pensar lo mismo: quiero tocar cosas más complicadas y modernas, tal vez eso atraiga más clientela. Mira, ¿te gustan las piezas que elegí?

Señaló con la cabeza, sin dejar de tocar, al montón de partituras que se apilaba encima del piano. Jim, distraído, tomó las páginas pautadas, comenzando a pasarlas con aire ausente.

—No están mal —admitió—. Tal vez gusten. Si aumentan las liquidaciones, te daré un porcentaje, encanto... ¿Eh? ¿Qué es *esto*, Suzzie?

Sorprendido, Jim acababa de encontrarse, entre las hojitas de partituras musicales, con un papel doblado, color verde claro, sobre cuyo dorso se había escrito apresuradamente algo, usando un rotulador azul:

Para Jim, dueño del «Dragón Verde».

Jim pestañeó, mientras Suzzie enarcaba sus cejas, respondiendo extrañada:

—No sé... No es mío. Ni estaba ahí cuando bajé el otro día las partituras. Yo misma las revisé una a una antes de traerlas aquí. No había ningún papel verde...

De momento, no hubo respuesta por parte de Jim. Éste desplegó la hojita verde, de papel fuerte, como cartulina suave.

Tenía el membrete de un Real Club Náutico de Hong Kong, en el Queen's

Pier. Debajo, figuraban unas cifras: «Pier, 3, Embarcadero 5, Línea

8».

Después, figuraban una serie de datos mecanografiados en el impreso:

«*Yate: Orient.*

»*Propietario: Dr. Hasper Basserman.*

»*Carga: Combustible, provisiones y productos químicos*».

Seguía un visado de entrada en el puerto de Hong Kong, un sello de Aduanas, con autorización de permanencia, y otro sello y firma de la concesionaria del Real Club Náutico, con fecha de ocho días atrás.

Evidentemente, era el comprobante para acceso a los embarcaderos de recreo donde permanecía amarrado un yate llamado *Orient*, propiedad del jefe de Belinda Kelly.

Y ese documento había sido depositado entre las partituras de Suzzie Feng, para que él lo recogiera. ¿Cuándo? ¿Por quién?

¿Acaso una semana atrás... por el propio doctor Basserman?

Guardó el papel verde, pensativo. Miró a Suzzie, que le contemplaba con interés y curiosidad.

—¿Pudo ponerlo alguien entre tus partituras sin tú advertirlo?

—Sólo el día que los bajé. Hoy, imposible. Acabo de ponerlas ahí, y no las he perdido de vista un momento.

—Sí, suponía eso. Gracias, Suzzie —le oprimió afectuosamente un hombro—. Sigue tocando, por favor. Y no digas nada de esto a nadie, ¿entiendes?

—Claro, Jim. Sabes que mis labios son una tumba, si tú lo pides.

—Te lo pido preciosa. Jim nunca olvida un favor.

Y puso ante los agresivos pechos de la muchacha un billete de diez libras, enrollado, alejándose tras besarle la mejilla dulcemente.

—Cuida del negocio, Charlie —dijo a su camarero—. Regresaré dentro de una hora lo más tarde.

—Sí, patrón —afirmó el barman, risueño.

Salió del laberinto de calles que rodeaban su negocio, alcanzó una avenida más amplia, y llamó a un taxi. Le dio la dirección de Queen's

Pier, en Victoria Quartier, junto a Edimburgh Place.

Se detuvo frente al Real Club Náutico. Entró en una cabina pública y telefoneó al hotel Mandarín, tras ver su número en una lista de principales hoteles de la ciudad. Solicitó hablar con Belinda Kelly, y esperó.

Se puso una voz masculina al aparato, al otro extremo del hilo:

—¿Quién llama, por favor?

—Un amigo llamado Jim —respondió él, seco—. ¿Quién diablos es usted?

—Elmer Barrow, y soy...

—No me lo diga. Sé quién es. Pregunto por Belinda, no por usted.

—Ya sé, ya sé —parecía un poco molesto su interlocutor—. Ella no puede ponerse ahora, está en la ducha...

—Dígale que salga y se ponga. Es urgente que hable con ella.

—Está bien, pero no querrá salir. No le gusta que interrumpen su aseo...

—Usted dígaselo. Es todo, Barrow. No olvide decirle que soy su amigo Jim. Eso bastará, seguro.

Se retiró el otro del teléfono, gruñendo, y tras un breve silencio, la voz de ella sonó claramente al aparato:

—¡Jim! ¿Es usted?

—Sí. Dígale a su prometido que sea menos gruñón. Sabía que se pondría.

—Sólo me cubro con una toalla —rió ella—. Y no me gusta el exhibicionismo, Jim.

—Termino en seguida. Belinda, ¿qué le dice el nombre de *Orient*?

—¡*Orient*! —repitió ella, sorprendida—. El yate de mi jefe... ¿Cómo supo usted...?

—Se lo contaré más tarde. Ahora me urge hacer algo. Belinda, ¿dónde estaba el yate del doctor Basserman, antes de desaparecer de Hong Kong?

—Pues... supongo que en Macao.

—¿Lo supone? ¿No lo utilizó para venir hasta aquí?

—No, que yo sepa. Creo que tomó el *ferry*. Seguro que el yate estaba en Macao... ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada. Tengo motivos para pensar que ese yate está aquí

desde hace días. Voy a comprobarlo. La llamaré más tarde, Belinda.

—Sí, por favor, hágalo —musitó ella, con voz preocupada—. Debe tratarse de un error. Nadie trasladaría aquí ese yate sin permiso expreso del doctor... Siempre lo guardaba en un club privado de Macao, y nadie excepto él podía utilizarlo.

—Es posible que eso sea lo que haya ocurrido. Pero ahora, al parecer por voluntad expresa del propio doctor, yo soy la persona encargada de recoger ese yate...

—¿Qué es lo que dice? —se asombró ella.

—Hablaremos luego, Belinda —dijo Jim, colgando.

Salió de la cabina y se encaminó con rápido paso hacia la entrada del club náutico, en cuya puerta se detuvo, mostrando el papel verde en una ventanilla. Se lo taladraron y accionaron una puerta automática, permitiéndole el acceso al interior.

—Ya sabe dónde es, ¿verdad, doctor? —preguntó el empleado.

Jim asintió, sin pronunciar palabra, y se adentró en la hilera continuada de embarcaderos repletos de canoas a motor, lanchas deportivas y yates de diversa eslora y tonelaje. Realmente, no sabía nada de nada, pero preguntar podía despertar sospechas. Dando aparentes señales de firmeza, buscó el Embarcadero 5 y la Línea 8 del Pier número cinco del club.

No tardó en dar con ello. En la línea 8, encontróse con un blanco yate de unos veinte a veinticinco metros de eslora, llamado *Orient*, como figuraba llamativamente en letras doradas en su proa, tanto en inglés como en signos chinos. Ondeaba la bandera británica en su mástil.

Subió a bordo. No había nadie en el yate. Alrededor tampoco descubrió a curioso alguno que contemplara su acceso a la cubierta de la embarcación. Jim paseó por ella, escudriñándolo todo. Asomó a la cabina de mandos, a los camarotes, encontrándolo todo en orden, pulcro y cuidado. Había libros, en su mayoría sobre química y bioquímica; material de trabajo, latas de combustible, cajas de alimentos enlatados, a base de carnes, frutas y pescados y bebidas refrescantes; y, finalmente, un embalaje reducido con material de laboratorio, productos químicos diversos y libros de apuntes, todo ello sellado por la aduana de Hong Kong, prueba evidente de que ninguno de aquellos productos era sospechoso de pertenecer al apartado de los estupefacientes.

De nuevo recorrió el yate arriba y abajo, sin olvidarse de las máquinas, donde también había un bidón de aceite y dos de gasolina, como reserva de combustible para viajar. Nada a bordo resultaba extraño o significativo, como para que el doctor Basserman hubiera querido ocultar a otros ojos que tenía el yate en Hong Kong. Y menos aún para dejarle a él la credencial de su depósito en el club náutico, oculta entre las partituras de piano de Suzzie Feng.

Nada. Aparentemente, no tenía sentido visitar aquella embarcación. A bordo, todo era perfectamente normal. Una ojeada a los apuntes del químico, tampoco le reveló nada especial. Era de suponer, además, que Basserman no hubiese dejado encima de su material de laboratorio, tan a la vista, unos apuntes de verdadero interés.

—Entonces, ¿por qué diablos me han traído aquí? —se preguntó Jim, perplejo.

Y en el acto se le ocurrió una desagradable y sombría respuesta, sobre todo al escuchar sobre su cabeza significativos pasos en la cubierta del *Orient*.

¡Una trampa!

Sí. Todo aquello podía formar parte del señuelo para una trampa mortal.

Y él había caído en ella.

CAPÍTULO VI

No había llevado el revólver consigo. Un estúpido error que podía pagar caro, pensó Jim en décimas de segundo, mientras avanzaba con rápida zancada, en dirección a la salida de los camarotes, con la idea de lanzarse al agua antes de que el enemigo pudiera rodearle allí.

Porque las pisadas que sintiera en la cubierta, eran nítidas. Y correspondían a más de una persona. Calculó con rapidez que, al menos, eran tres o cuatro. Demasiados adversarios para él, sobre todo si iban armados, como temía.

No pudo evadirse de ellos tan fácilmente. Apenas intentó subir la escalerilla de acceso a la cubierta, asomaron dos individuos por ella. Uno era oriental. El otro, rubio y de piel blanca y facciones rudas. Dos pistolas provistas de silenciador le encañonaron. Jim tuvo el tiempo justo de arrojararse de bruces, rodando luego sobre sí mismo corredor adelante.

Las balas silenciosas, tras un doble taponazo arriba, se clavaron en la madera del suelo, no lejos de él. Logró saltar al interior del camarote convertido en despensa por el doctor Basserman, y pasó el pestillo, encerrándose en él.

En la escalerilla se oyeron pisadas fuertes y juramentos de contrariedad. Sobre su cabeza, otros pies pisaron a la carrera. Los contó. Cuatro pies. Dos hombres arriba, y dos en la escalera. Cuatro enemigos, como calculara. Una fuerza temible y peligrosa para sus escasos medios de defensa actuales.

Jim se aproximó al ojo de buey de aquella cámara. Forcejeó con él, y soltó una imprecación de disgusto. Estaba atascado y no cedía. Tal vez lo habían asegurado para que nadie lo abriese desde dentro ni desde fuera. Se preguntó para qué adoptaría el doctor Basserman

semejante medida de precaución, cuando allí dentro sólo había latas de conserva, libros y material de laboratorio. Pero lo cierto es que estaba encerrado en el angosto recinto. No podía salir por parte alguna.

Se astilló la madera de la puerta cuando varias balas silenciosas se estrellaron en su cerradura y pomo. El pestillo quedó colgando, entre astillas. Con un empujón, tendrían suficiente para entrar y rematarle allí, igual que a un perro rabioso.

Jim maldijo entre dientes una vez más, y enarboló dos latas de alimento que extrajo de la caja donde iban envasadas. Le sorprendió su insólito peso, pero las sujetó con ambas manos, y se pegó a un lado de la puerta.

Los asaltantes cargaron contra la frágil hoja de madera reventada a tiros. Sus manos armadas con las automáticas prolongadas por el feo tubo silenciador, asomaron antes que sus cuerpos.

Jim descargó con ambas manos dos golpes de lata en las muñecas y dedos de ambos individuos. Era tal el peso de aquellas latas y la fuerza aplicada a ambos golpes, que uno de ellos aulló, retirándose sin soltar su pistola, pero el otro abrió los dedos, dejando caer su arma a los pies de Jim.

Rápido, éste lanzó ambas latas contra el rostro del hombre armado, y metió su rodilla en el vientre del desarmado, que reculó, jadeante. El disparo silente del golpeado por las latas, se clavó en la pared del corredor de camarotes. Por la escalera, venían ya otros individuos.

Jim asomó, disparando el arma del otro tipo, rápidamente empuñada. El adversario lanzó un chillido ronco, se llevó las manos al pecho y rodó por el pasillo angosto, salpicando de sangre los muros.

Desde la escalerilla de cubierta, brotaron nuevos disparos sordos. Jim replicó a ellos vivamente, levantando astillas en los escalones. Uno gritó, soltando una blasfemia, cuando una de las balas le alcanzó la pierna, y reculó, cojeando, mientras un reguero de sangre se deslizaba por los escalones.

El hombre de raza amarilla a quien desarmara con su golpe al iniciar la pelea, estaba intentando recuperar el arma del compinche herido. Jim lo notó, volviéndose y disparando. El individuo, con la

cabeza agujereada, pegó un salto en el aire, y fue a caer sobre el herido que se agitaba en el suelo, quedándose inmóvil.

Ante ese espectáculo, los dos tipos de la escalera iniciaron la retirada prudentemente, aunque cubriéndose a tiros de cualquier intentona agresiva de Jim. Éste se limitó a disparar también varios proyectiles, sin intentar arriesgarse más de lo estrictamente necesario. Oyó el chapoteo de los cuerpos al saltar al agua, fuera del yate de Basserman, y respiró con alivio.

De momento, había salvado otra difícil situación, y eso le bastaba.

Se inclinó sobre los individuos caídos en el corredor. El que recibiera el balazo en la cabeza estaba muerto. El rubio atlético de raza blanca, se agitaba en espasmos con un feo balazo en los pulmones, del que difícilmente podría sobrevivir.

—Bien, amigo —masculló Jim sordamente, mirándole sin rencor—. Se trataba de vuestra vida o la mía, malditos seáis todos. Por eso tuve que luchar duro. No tengo nada contra ti, muchacho. Te pediré una ambulancia desde el teléfono del embarcadero, pero me temo que no te sirva de mucho... ¿Quién os envió aquí?

—«El... El Dragón» —jadeó el otro—. Sabía que venías, Jim...

—Vaya, ¿de modo que «El Dragón» lo sabía? —se extrañó Jim, perplejo—. Es toda una noticia, porque muy poca gente sabía que iba a venir aquí en este momento... ¿Sabes quién diablos es «El Dragón»?

Un movimiento negativo de cabeza del moribundo, le reveló que no era así. Burbujas de sangre asomaron a sus labios. Jim trató de saber algo más:

—¿Trabajáis para los de la Compañía de Química Industrial *Schwartz*, de Macao?

Nueva negativa del herido. Luego, con un murmullo, aclaró:

—Trabajamos... contra ellos... Tenemos que conseguir antes que nadie... el secreto del... doctor Basserman... Los de Macao... la lavandería de Murray Road... la lavandería de Wo Ling... Ellos saben que el doctor... inventó... el... el...

Se desplomó de espaldas, los ojos vidriados, la boca entreabierta. El pobre diablo había muerto. Jim se incorporó, con un suspiro.

—Sólo era uno más de esa clase de gente —murmuró—. Un

pistolero, un profesional. Pero nadie debería enviar a otros a matar a nadie. No es justo. «El Dragón» en persona debería estar aquí, no sus esbirros a sueldo... En fin, ya no puede hacerse nada por ellos...

Volvió a la despensa de a bordo. Por el ojo de buey descubrió dos figuras empapadas, saliendo a tierra firme en otro distante embarcadero, para alejarse luego a la carrera.

Se apartó. Giró la cabeza. Sus ojos se fijaron en las latas de alimentos. Tomó dos de ellas nuevamente. Las sopesó, pensativo. Al menos cada una de ellas pesaba cuatro o cinco libras, si no más. Miró el indicativo de su peso real en las etiquetas. Una era de piña tropical, con peso total de cuatrocientos veinticinco gramos. La otra, de carne en su gelatina, con peso de setecientos cincuenta gramos. Cualquiera de ellas quintuplicaba, como mínimo, ese peso.

Se encaminó con ellas a la pequeña cocina del yate. Buscó con la mirada un abrelatas. No le costó dar con él. Y abrió los envases de hojalata con decisión.

Asombrado, aunque no en exceso a estas alturas, descubrió que allí no había ni rastro de rodajas de piña o carne envasada. Sólo espuma de nylon, envolviendo algo. Desmigó la espuma con manos nerviosas.

El sol destelló vivamente, al penetrar por el ojo de buey, en las piezas doradas, macizas, en forma de pequeño lingote, que sostenían sus manos.

«Hong Kong» Jim lanzó una imprecación.

—¡Oro! —exclamó sordamente—. Oro en lingotes...

Una idea demencial pasó por su cabeza. Recordó las otras latas. Fue a por ellas, junto a los cadáveres de los dos «Hermanos del Dragón». Las abrió también, sin perder tiempo. De nuevo, tras la envoltura de espuma fuertemente presionada, surgieron las auríferas piezas. Cada una de ellas llevaba su peso impreso, junto a un contraste acuñado a mano sobre el dorado elemento: cuatro libras.

—¡Cuatro libras cada pieza! ¿Cuántas habrá en la caja? —se preguntó Jim, aturdido.

De nuevo regresó a la despensa. Comenzó a sopesar latas. La mayoría sobrepasaban su peso normal considerablemente, mientras otras se mantenían a niveles normales. La cosa estaba clara: Basserman había introducido clandestinamente un cargamento de

oro en su yate, dentro del puerto de Hong Kong, sin que nadie sospechara nada. Los esbirros del «Dragón» buscaban un invento del químico, no un cargamento de metal precioso. ¿Qué buscaban los de la *Schwartz*, por su parte? Con toda seguridad, también el invento del doctor Basserman. ¿O era el oro?

Un nuevo enigma se mezclaba con el ya existente. Basserman no sólo tenía la clave de un descubrimiento nuevo en química, sino también la de un cargamento ilegal de oro. Si la mayoría de aquéllas aparentemente inofensivas latas de conservas contenían oro en lingotes, como imaginaba Jim, era posible que una fortuna superior al millón de dólares estuviera almacenada ahora en aquel yate.

—¿Qué puedo hacer con ello? —se preguntó, pensativo—. No puedo dejar este oro al alcance de cualquiera...

Meditó con rapidez. Tras una breve indecisión, cargó con un cadáver y lo llevó a cubierta. Tras comprobar que nadie había en los alrededores que pudiera verle, lo lanzó al agua, tras atar a sus piernas una bolsa repleta de latas de conserva con aquel preciado contenido dentro. Hizo lo mismo con el cadáver del chino, y respiró hondo, al ver el envase de latas de conserva casi vacío. Calculó que unos sesenta kilos de oro reposaban en el fondo del mar, como mínimo, en aquella zona del club náutico, sujetos a las piernas de los hombres muertos, sirviendo de lastre. Era, de momento, un buen escondrijo. Aunque el cadáver saliera a flote, no lo harían los envases de hojalata conteniendo el tesoro de Hasper Basserman.

—Extraña ocupación para un químico perseguido, la de introducir oro en lingotes en el puerto de Hong Kong, desafiando a las severas autoridades de la ciudad... No lo entiendo. ¿De dónde sacó Basserman este oro, y quién anda tras de él en tan espléndido negocio?

Eran preguntas momentáneamente sin respuesta. Jim sólo tenía un monólogo consigo mismo, mientras limpiaba cuidadosamente las manchas de sangre a bordo del yate. No le convenía que nadie viese allí huellas de la lucha entablada, aunque evidentemente, los fieles siervos del «Dragón» conocerían ya que algo importante se coda a bordo. Los sicarios del misterioso y siniestro personaje de Hong Kong, habían acudido allí tras de él, como confesara el pistolero en su agonía. ¿Cómo pudo saber «El Dragón» lo que iba a hacer Jim?

Se le ocurrían algunas respuestas. E iba a tratar de confirmarlas por sí mismo lo antes posible.

* * *

La puerta se abrió bruscamente.

Jim entró como una exhalación, y aferró por las solapas al hombre alto, joven y bien parecido que le abriera. No era débil, ni mucho menos. Pero en manos de un hombre vigoroso y atlético como Jim, parecía un monigote en estos momentos.

—¿Qué... qué pretende? —jadeó, alarmado—. ¿Quién es usted? ¡Suélteme o llamaré a la policía!

—Seré yo quien llame a la policía, si no me responde pronto y bien, señor Barrow —silabeó Jim, zarandeando sin contemplaciones al joven de cabellos oscuros y ondulados que se agitaba en sus manos con impotencia—. ¿Dónde está Belinda ahora?

—No... no está —masculló Elmer Barrow, con tono angustiado—. Usted... usted debe de saber dónde está ahora, no yo.

—¿Por qué dice eso? ¿No es ésta su habitación del hotel? ¿No es usted Elmer Barrow, su prometido? Al menos, eso es lo que me dijeron abajo, en conserjería: que le encontraría a usted aquí, pero no a ella. ¿Adónde ha ido la señorita Kelly?

—Se... se la llevaron.

—¿Se la llevaron? ¿Quién o quiénes? —preguntó Jim con aspereza, sin soltarle.

—No sé... No entiendo nada de esto... —gimió el joven, pálido y con aire de aturdimiento—. Es como una cosa de locos... Tras haber llamado usted, todo fue bien. Pero de repente, aparecieron aquí unos hombres. Se la llevaron a ella a punta de pistola. Y me amenazaron a mí... Si avisaba a la policía o daba la alarma en el hotel antes de una hora, me coserían a tiros. Y la vida de Belinda no valdría ni un penique. Es lo que dijeron.

—De modo que la secuestraron ante sus narices, y usted seguía aquí, como si tal cosa. —Jim le miró, entre colérico y desconfiado, soltándole con tal ímpetu, que Barrow fue a caer en un sofá cómicamente.

—Estaba a punto de cumplirse la hora... No tengo miedo por mí, sino por ella... Si le ocurre algo, nunca me lo perdonaría...

—No diga estupideces. Si he visto a alguien con piel de gallina en mi vida, ése es usted en estos momentos. Está aterrorizado por sí mismo, no por ella.

—Le juro que...

—¡No jure nada! —Jim miró su reloj, ceñudo—. ¿Dice que eso pasó hace cosa de una hora?

—Sí... A las doce en punto...

—A las doce... —Jim murmuró entre dientes algo poco delicado—. Su reloj debe andar mal, amigo. Ya es la una y veinte.

—Pensé... que era mejor dejar un poco más de margen, antes de avisar a la policía... —se disculpó Barrow, tragando saliva.

—Usted no piensa, a menos que sea uno de ellos y esté metido en este embrollo, a favor de alguien como «El Dragón» o la gente de *Schwartz*.

—Temo no entenderle —se irguió, con aire ofendido—. Yo sólo soy el novio de Belinda. Trabajo como escritor y fotógrafo, y no tengo nada que ver con...

—Sé lo que es usted en apariencia porque Belinda me lo contó —le cortó agriamente Jim—. Lo que ignoro es si se trae algún juego sucio entre manos, aparte de eso.

—¡Yo no tengo nada que ver en el rapto de Belinda, si es que trata de acusarme de eso! ¿Qué hubiera hecho usted ante tres tipos armados con pistolas automáticas y dispuestos a todo?

—No lo sé. Pero lo que usted está haciendo, desde luego que no. ¿Dijeron algo concreto mientras la raptaban, algo que le permita darme un indicio por pequeño que sea, Barrow? Trate de recordar lo que hablaron ellos, lo que comentó ella cuando la secuestraron... ¡Hágalo, por lo que más quiera, o le romperé la crisma, imbécil!

—Espere, espere... —Elmer Barrow alzó una mano, como temiendo que, de un momento a otro, Jim cumpliera su amenaza—. Dijeron algo, sí. Pero tan poco...

—Usted repítalo, y déjeme pensar a mí por usted, muchacho. Y Dios quiera que lo que oiga tenga algún sentido. Ando buscando al tipo que me vendió a una pandilla de asesinos, y si tengo la más leve sospecha de que ese tipo sea usted, podría hacerlo pedazos sin sentir el menor remordimiento.

—Sólo uno de ellos habló, el que parecía llevar la voz cantante del grupo... Todos iban armados con pistolas. Nos redujeron sin

dificultades. No sé cómo entraron en el hotel. Llamaron como si fuese el camarero con el almuerzo. Belinda lo había pedido aquí arriba para nosotros dos... Entraron y nos dominaron. El tipo que les mandaba dijo que había terminado el juego del escondite y que era mejor que ellos la encontraran antes que otros, porque de otro modo no habría remedio, y con ellos se podía razonar y pactar, sin miedo a perder la vida. Belinda pareció serenarse, les preguntó si iban a llevarla de regreso a Macao, o lo que querían era conocer el paradero del doctor, cosa que ella ignoraba totalmente. El tipo la hizo callar y dijo que lo que hicieran con ella a partir de ese momento era cosa de ellos, pero que nada tenía que temer si ambos sabíamos comportarnos con serenidad y prudencia. ¿Comprendes ahora mi actitud?

—Sólo en cierto modo, Barrow. Como habrá imaginado, soy Jim, el amigo de Belinda.

—Lo suponía desde que entró. Ella me lo describió. No podía ser de otro modo —resopló Barrow—. Pero se equivoca conmigo. No tengo demasiado valor, lo admito. No soy como usted, un tipo que se lo juega todo a cara o cruz, pero tampoco soy un rufián ni un maleante. Haría cualquier cosa por ayudar a Belinda a salir con bien de esto, puede creerme.

—Bien. Entonces, hágalo. Quédese aquí. Llame a la policía. Pregunte por el mayor Brian Shelton y dígame que habló conmigo y que se llevaron a la chica.

—¿Nada más?

—Nada más. El resto es cosa mía, Barrow.

Jim se encaminó a la salida. El otro le miró, asombrado.

—¿Pero... sabe dónde puede encontrar a Belinda? —jadeó.

—Creo que tengo una idea aproximada —dijo Jim, cerrando la puerta tras de sí.

CAPÍTULO VII

La lavandería china de Wo Ling se hallaba en un tramo poco frecuentado de Murray Road, cerca de Garden Road. Como todas las lavanderías chinas, mostraba sus rótulos en caracteres occidentales y chinos, despedía un agradable olor a jabón y detergentes, y junto a la puertecilla de la tienda propiamente dicha, con un pequeño escaparate donde colgaban muestras de la limpieza proverbial de su raza, se abría un portalón de acceso a un amplio patio donde, sin duda, se realizaban las coladas más laboriosas y se cargaban y descargaban las furgonetas con los distintivos de la empresa, para cumplir los encargos a domicilio.

Jim no eligió la puerta de la tienda, sino el portalón del patio como entrada idónea. Con su chaqueta de cuero, su gorra de marino y sus manos hundidas en los bolsillos, parecía uno de tantos personajes propios de aquella ciudad heterogénea, mezcla de truhanes y trotamundos, de bandidos y traficantes, de desterrados de la civilización y desahuciados de la sociedad.

Había tres o cuatro chinos descargando bolsas de ropa con la marca de la lavandería, ante una puerta metálica que daba acceso a una especie de terraplén descendente hacia un sótano que apestaba a lejía y a sosa cáustica. Jim miró todo eso con aire abstraído, y siguió adelante, hacia otra puerta vidriera, situada al fondo, sobre la que un rotulito impreso advertía de la total prohibición de entrar allí si se era ajeno al servicio de la empresa.

Jim no vaciló. Tiró del pomo, abrió esa puerta y se internó sin rodeos escaleras arriba, hacia una segunda planta hacia la que conducían los angostos y empinados escalones.

Cuando llegó a la planta alta, se quedó parado. Tenía que quedarse. De otro modo, quizás le hubieran volado la cabeza. El

fornido chino de rostro ancho, aplastado, como un luchador de *sumo* japonés, le estaba encañonando con una potente pistola provista de tubo silenciador, muy semejante a las utilizadas por los pistoleros en el yate de Basserman. En realidad, pensó Jim, todas las pistolas automáticas se parecen entre sí. Sobre todo, si llevan el cilindro silenciador alargando su cañón.

—No se mueva —silabeó el chino en perfecto inglés—. ¿Quiere que le salte la tapa de los sesos, señor?

—No, claro que no —rió Jim, alzando sus manos, fuera de los bolsillos, visiblemente desnudas de todo artilugio—. ¿Se recibe así ahora en las lavanderías? Venía a limpiar mi gorra, simplemente...

—El servicio es abajo, señor. En la tienda. Éste es un acceso prohibido. ¿No sabe leer inglés?

—A veces llego a dudarlo. Perdone, amigo. No me di cuenta de eso. Ya me voy...

Dio media vuelta para iniciar el descenso. Sabía lo que ocurriría. El arma emitió un desagradable chasquido. Le habían levantado el percutor. Bastaría apretar el gatillo ahora para enviarle al otro mundo.

—No, amigo. No se mueva. No se vaya a ninguna parte, o bajará ya cadáver —silabeó el fornido chino.

—¿Por qué? Sólo me equivoqué de puerta, no soy un ladrón.

—Nadie dijo que lo fuera... «Hong Kong» Jim —habló otra voz glacialmente.

Jim se quedó más quieto que nunca. Había esperado algo así. Pero ahora estaba seguro de que si les daba el menor motivo, no saldría vivo de la lavandería. Giró la cabeza lentamente, sin bajar las manos. De otra puerta situada en un corredor, asomaba un hombre canoso, rubio, grueso y algo fofo, de ojos muy azules y expresión afable. Vestía impecablemente de gris perla muy claro, corbata de vivo colorido y aire de hombre de negocios. Pero en su mano gordezuela, con dedos como almohadillas, empuñaba un revólver negro, pavonado, que ni siquiera lucía silenciador. Sonreía beatíficamente al acercarse a él.

—¿Nos conocemos? —preguntó Jim, sarcástico.

—Yo le conozco —replicó el otro—. Es mi ventaja.

—Relativa —rió Jim—. Supongo que es un pez gordo de la Chemical Schwartzer de Macao... o quizá incluso de la central en

Suiza.

—¿Se cree muy listo, Jim? —Se irritó el tipo rubio y gordinflón.

—No. Soy bastante listo. Comprenderá que no he venido aquí por casualidad.

—¿Por qué entonces?

—Porque me interesa saber cómo está Belinda Kelly. ¿Va a decírmelo usted?

—¿Qué le hace suponer que sabemos algo aquí de Belinda Kelly? Esto es sólo una lavandería china...

—Tapadera de un nido de rufianes a sueldo de la Schwartz — completó Jim fríamente—. Y tienen en su poder a Belinda Kelly. ¿Quiere que la policía invada esto en unos minutos y lo compruebe?

—No diga tonterías. Ha venido solo.

—No soy tan imbécil como para venir en un coche-patrulla. Pero hay buenos amigos en la policía que saben dónde estoy en estos momentos. Sólo hice un pacto: si dentro de cierto tiempo no comparezco con vida, vendrán aquí y lo arrollarán todo.

—Aunque lo que usted sugiere fuera cierto, ¿cree que encontrarían aquí su cadáver... o el de Belinda Kelly? —rió el hombre.

—Posiblemente no. Pero he venido a pactar, no a formular amenazas. Aunque, de todos modos, a ustedes no les gustaría que la policía de Hong Kong lo arrasara todo en busca de mi cuerpo y el de ella, ¿no cree?

—¿Pactar ha dicho? —El rubicundo individuo se salió por la tangente, con expresión meliflua—. ¿Qué tiene usted en sus manos, señor Jim, para poder pactar conmigo?

—Digamos que usted tiene a Belinda Kelly... y yo tengo el secreto del doctor Basserman. ¿Sería un buen intercambio ella por lo que yo poseo?

—Miente —los ojos azules del hombre se endurecieron—. Miente como un bellaco, señor. No sabe nada de nada. Está jugando al «farol». Y yo soy un buen jugador de póquer, se lo advierto.

—No lo dudo. El mejor tahúr del mundo sería un franciscano al lado de un banquero suizo.

El hombre pegó un respingo. Es como si Jim, en vez de hablar, le hubiera asestado un mazazo al hígado. Resopló, indeciso:

—¿Por qué ha dicho eso? ¿Qué tiene que ver un banquero suizo

en todo esto?

—Usted lo es —rió Jim—. Lo vería hasta un niño.

—Está diciendo estupideces...

—No, sabe que no las digo. Su modo de hablar el inglés es casi perfecto. Pero tiene un acento ligeramente teutón. No el típico alemán, sino con cierto matiz afrancesado. Eso sólo puede pertenecer a un alsaciano o a un suizo. La Schwartzner es suiza. Otro punto a mi favor. ¿Y qué otra cosa podría ser un hombre de negocios suizo, poco escrupuloso por añadidura, que banquero?

El otro se quedó boquiabierto mirándole. Al final, sus abultados labios se dilataron en una risotada. Pareció repentinamente de buen humor.

—Usted me asombra, Jim —confesó—. Sí, soy suizo. Mi nombre es Max Grüber, y soy banquero. Me dijeron que «Hong Kong» Jim era un verdadero diablo, y me reí. Ahora empiezo a creerlo.

—Es de sabios cambiar de opinión, *herr* Grüber. Le felicito por su buen juicio. ¿Va a pactar o no?

—No me gustan los consensos cuando no tengo evidencias de que gano en el canje —dijo el banquero, riendo—. Es una precaución propia de mi profesión.

—Lo sé. Pero Belinda no puede ayudarle gran cosa.

—¿Quiere darme a entender que no sabe dónde está Basserman ahora?

—Estoy convencido de que no lo sabe, a menos que mienta muy bien. Y me precio de conocer a las personas.

—¿Y usted sí? —dudó Max Grüber.

—No, yo tampoco sé dónde está el doctor Basserman ahora —confesó Jim.

—¿Entonces...? —Grüber enarcó las cejas y miró de soslayo al chino con rostro de luchador.

—Pero conozco algo de él. Su gran secreto. Vale millones, *herr* Grüber.

—Sé lo que vale, Jim, no tiene que ponderarlo. Digamos que me da una clave, una palabra que revele que, realmente, sabe usted de qué va el asunto. Algo que ni siquiera hemos obtenido aún de Belinda Kelly, porque ella parece ignorar qué es lo que realmente descubrió en el terreno de la química nuestro querido doctor Basserman...

—Lo mismo que busca «El Dragón» en estos momentos, por supuesto.

—¡Maldita sea, eso ya lo sé! —Se irritó el suizo—. No le pregunto lo que buscan nuestros competidores, esos malditos esbirros de «El Dragón». Sólo le pregunto si sabe dónde tiene Basserman lo que buscamos. Y, por supuesto, si sabe de qué se trata, para que no quepan dudas sobre su sinceridad en todo esto.

La mente de Jim trabajaba a toda presión en aquellos momentos. Ciertamente, ignoraba por completo cuál sería el prodigioso invento de Basserman en el terreno de la química, para atraer hacia su persona, como la miel a las moscas, a personas como los traficantes de drogas de la Schwartzer, incluido uno de sus «peces gordos» en Europa, como debía ser *herr* Max Grüber, y a los asesinos profesionales del «Dragón».

Ahora tenía que descubrir sus cartas. Unas cartas que ni él mismo conocía. Pero en cambio poseía otra baza importantísima, que tal vez desconocía por completo el orondo y viscoso *herr* Grüber. Trató de manipularla, momentáneamente, para capear un poco el temporal e interesar al suizo:

—Supongo que la palabra oro puro en lingotes, puede ser una buena muestra de mi sinceridad —aventuró, audaz—. Oro, *herr* Grüber. Mágica palabra para un banquero, ¿no es cierto?

El otro, ante su sorpresa, soltó una retahíla de juramentos en alemán, mirándole con ojos dilatados y rostro congestionado por la sorpresa.

—Veo que lo sabe —farfulló, inesperadamente—. ¡Lo sabe *todo*, maldito Jim! Wo, creo que es mejor matarle... Jim sabe demasiado.

Y, para sorpresa suya, el chino de rostro brutal asintió, imperturbable, levantando su arma hacia él, para apuntar directamente a su cabeza.

Su intención evidente era apretar el gatillo y volarle el cráneo. Y el banquero suizo no parecía en absoluto interesado en evitarlo...

* * *

Por unos momentos, «Hong Kong» Jim se enfrentó cara a cara con la muerte, seguro de que al fin iba a conocer cómo era el rostro de la implacable enemiga. Ese periodo de tiempo no fue superior a

un segundo. Pero hizo el efecto de ser toda una eternidad.

Wo Ling, el chino dueño de la lavandería, el oriental de rostro rudo y violento, iba a matarle por orden directa de *herr* Grüber, el dirigente de la empresa suiza de productos químicos radicada en Macao.

—Espera —dijo finalmente la voz suave de Grüber, al advertir que Jim ni siquiera pestañeaba frente al negro orificio del cañón del arma silenciosa que empuñaba Wo—. No dispaes aún. Jim sabe lo que perseguimos. Pero tal vez sepa, del mismo modo, dónde podemos encontrarlo...

La mente de Jim, que no había dejado de funcionar de modo desesperado tras la máscara inexpresiva de su rostro, seguía su labor. Empezaba a darse cuenta de que algo fantástico sucedía. Algo que iba mucho más allá de lo imaginable, y que justificaba los desesperados y nada escrupulosos esfuerzos de ambos grupos, el de la Schwartz y el de «El Dragón», por dar con el paradero del doctor Basserman y de su fórmula. Era demasiado increíble, pero... No había otra explicación.

—Cierto —mintió glacialmente Jim, sin pestañear—. Sé cómo conducirles a lo que buscan.

En realidad, no era una mentira total. Ahora que sabía lo que ellos estaban buscando, se limitaba a mentir a medias. Certo que cometían un error de cálculo. Su búsqueda era, quizás, la de algo infinitamente pequeño, como un diminuto trozo de papel con unas cifras y unos símbolos, si es que ese papel existía en alguna parte, con la preciada fórmula del doctor Hasper Basserman. Lo que él conocía, era lo bastante grande como para ser encontrado sin tantas dificultades.

—Vaya, eso está mejor —sonrió Grüber, todavía receloso, estudiándole con sus azules ojos de pescado—. ¿Va a ser buen chico y llevarnos hasta ello ahora mismo?

—No —negó Jim, rotundo.

—Está diciendo tonterías. Si se niega, le mato. Wo lo hará gustoso. En realidad, iba a hacerlo ya. Sólo que le gusta hacer sufrir a sus víctimas antes de volarles la tapa de los sesos. Ya sabe, sadismo oriental...

—Si me mata, no averiguará nada.

—Por eso he dejado en suspenso la orden. Pero tiene que

convencerme de que, realmente, sabe dónde está lo que buscamos. De otro modo, no hay trato.

—Así, tampoco —sonrió Jim con frialdad—. Usted nunca cumpliría su parte. Cuando supiese el paradero de lo que anda buscando, nos mataría a Belinda Kelly y a mí, y asunto concluido.

—Tendrá que fiarse de mi palabra, Jim.

—Los hombres como usted, *herr* Grüber, no tienen palabra. Y menos aún en cierta clase de negocios. Suelte ahora a Belinda Kelly. Y una vez ella en mi compañía, libres los dos de sus esbirros, tendrá el informe que desea. Yo sí empeño mi palabra en ello.

—Vale tanto como la mía —rió el suizo—. ¿Quién puede fiarse de las promesas de un vagabundo de los muelles, ciudadano de ninguna parte, dueño de un garito que heredó de un hombre asesinado que vivía de negocios sucios, y que ni siquiera tiene apellido conocido?

—Yo siempre cumplo mi palabra —dijo secamente Jim—. Si digo que le conduciré hasta donde está lo que busca, es que lo haré. Ése es mi trato. No habrá otro.

Grüber vaciló. Era evidente que no se fiaba de él. Pero aún tenía ciertas ventajas de su lado, y admitió el riesgo. Con eso contaba Jim, especialmente desde que supo cuál era la verdadera naturaleza de la fórmula de Basserman.

—Bien. Voy a hacer una tontería —resopló el suizo—. Wo, trae a la señorita.

—Puede ser un grave error —señaló el chino secamente, mirando a Jim con recelo.

—Puede que lo sea. Pero este bastardo no vivirá lo suficiente para celebrar su jugarreta, si trata de engañarme. Tomaré mis medidas especiales. Trae contigo a dos de tus hombres. Y a la señorita Kelly, por supuesto.

Wo se encogió de hombros, alejándose. Grüber se quedó frente a Jim, apuntándole con su revólver. Una sonrisa dura asomó a sus labios.

—Voy a confiar un poco en usted —silabeó—. Muy poco, téngalo en cuenta. Saldrán de aquí los dos. La señorita Kelly podrá regresar a su hotel, sana y salva. Usted vendrá con nosotros. Y nos conducirá directamente adonde está la fórmula de Basserman, el propio doctor o como quiera que sea lo que usted conoce de ese

gran hallazgo químico...

—Le di mi palabra y lo haré —asintió Jim—. No tiene que dudar de mí. Le llevaré justamente adonde está el invento mismo del doctor Basserman. ¿Satisfecho?

—Sí —afirmó Grüber—. Lo estaré en cuanto vea esa fórmula.

—Hay algo más que una simple fórmula —rectificó Jim.

—¿Qué quiere decir?

—El sitio adonde yo le conduzca, Grüber, es donde ahora está el propio producto creado por su químico, ¿entiende?

—¿Quiere decir el... el...? —Los ojos del suizo brillaron—. ¿Es que Basserman llegó realmente a... a fabricar...?

—Sí, *herr* Grüber —asintió Jim lentamente—. Su químico *llegó a fabricar oro*.

En ese momento, Wo reaparecía con dos chinos más, vestidos a la moda occidental, de rostros sombríos y poco amistosos, con bultos sumamente sospechosos bajo sus americanas de ligero tejido. Belinda Kelly venía escoltada por ellos.

Ella se quedó como petrificada al ver allí a Jim. Y más aún al oír sus últimas palabras dirigidas a Max Grüber.

—¡ORO! —murmuró con voz ronca la joven—. Era eso...

—Sí, Belinda —sonrió Jim, comprobando con alivio que la joven, aunque pálida, no mostraba señal alguna de violencia en su persona—. *Oro*. Ése era el prodigioso hallazgo químico de su jefe... Oro artificial, fabricado por el hombre... Hay al menos ciento cincuenta libras en un lugar. Más de millón y medio de dólares, al precio oficial del oro en el mercado libre de esta ciudad...^[3]

Y tranquilamente, despojándose de su gorra de marino, bajo la atenta vigilancia de las armas de fuego de Grüber, Wo y sus esbirros, Jim mostró lo que ocultaba debajo de ella: un pequeño lingote de purísimo brillo amarillo, de varias libras de peso.

CAPÍTULO VIII

—Fantástico... —jadeó una vez más el suizo, manipulando aquel bloque amarillo entre sus gordezuelos dedos nerviosos—. Realmente fantástico...

—Pienso lo mismo —murmuró Jim—. Su químico, Hasper Basserman, encontró al fin lo que tanto buscaba el hombre durante siglos. La auténtica «piedra filosofal». Halló un procedimiento químico para fabricar oro a precio barato. Esto puede hacer dos cosas: hundir el mercado de oro del mundo, o hacer inmensamente rico a alguien. Supongo que su intención es la segunda, *herr* Grüber.

—Exacto —afirmó secamente el suizo—. Sería una locura lanzar al mercado todo el oro que Basserman pudiese fabricar. Lo importante es reunir un *stock* capaz de hacernos a mis dos socios y a mí inmensamente ricos, y luego destruir esa fórmula.

—¿Trabajó siempre Basserman en pos de ese hallazgo?

—No puedo saberlo, pero imagino que sí. Sabíamos que dedicaba horas de sus investigaciones por cuenta de nuestra empresa a experimentos suyos que no constaban en los informes oficiales, y eso empezó a intrigarnos. Primero imaginamos que andaba tras de alguna aleación de tipo bélico que pudiera vender a una potencia determinada, pero al final desechamos la idea, y comprendimos que buscaba algo más importante todavía, aunque menos agresivo.

—¿Cómo supo que se trataba de oro artificial?

—Hallamos una pequeña muestra de polvillo dorado y raspaduras del mismo metal en un recipiente de su laboratorio. Las hicimos analizar. Era oro puro de veinticuatro quilates. No se diferenciaba en absoluto del auténtico. Pero no podía ser auténtico, porque eran residuos de su banco de trabajo. Hallamos más

raspaduras otro día, y la sospecha se confirmó. Basserman trabajaba en la búsqueda de la fórmula más maravillosa del mundo, la que hubiera hecho feliz al rey Midas. Y, al parecer, había tenido éxito total. Un químico nos afirmaba que era oro purísimo, y no recelaba nada de su naturaleza artificial. Entregamos las muestras a otro equipo de análisis, e igual resultado. Por entonces, Basserman debió sospechar que era vigilado y que su secreto era conocido por nosotros... y desapareció.

—Alguien más conoció el secreto de su químico, *herr* Grüber: «El Dragón».

—Imagino cómo pudo enterarse. Basserman no llevaba consigo medios de fortuna al desaparecer. Vendería parte de su oro en Hong Kong, y la gente de «El Dragón» imaginó el resto al vigilarle. Esa organización está en todas partes, parece saberlo todo... Malditos sean, si hallasen antes que nosotros a Basserman o su fórmula, todo se habría perdido.

—Va a ser el primero en llegar allí —sonrió Jim—. No debe temer nada, *herr* Grüber. Cierto que dos de los esbirros de «El Dragón» llegaron antes que usted a ese lugar, pero...

—Pero... ¿qué? —preguntó ansiosamente Grüber, mirándole con inquietud.

—No tema. Ahora están muertos y bien muertos.

—¿Usted... los mató?

—Era cuestión de hacerlo o dejarme matar. En la alternativa, elegí lo único favorable para mí.

El financiero europeo le contempló larga y fijamente. Una mueca flotó en sus labios gruesos y sensuales. Los ojos se parecían más que nunca a los de un pez.

—Es usted peligroso, Jim —silabeó—. Tuvieron razón al advertírmelo.

—Pero soy su prisionero —le recordó el rubio aventurero.

—Sólo porque usted lo quiso. Vino voluntariamente a meterse en la boca del lobo, a cambio de su amiguita. Ahora es mi rehén en su lugar. ¿Siempre obra así por altruismo, como caballero andante, o hay algo especial entre usted y esa bella jovencita?

—No me gusta que las mujeres corran peligro. Sobre todo, si, como usted dice, son bonitas y jóvenes...

—Aventurero, truhán, vagabundo... y caballero andante. Rara

mezcla, sobre todo para una época como ésta, Jim...

—Es posible —él se encogió de hombros—. Dígame, *herr* Grüber, ¿hubiera sido capaz de matar a Belinda Kelly?

—Si sabía algo y no hablaba, por supuesto. Yo no soy ningún caballero del Rey Arturo como usted. A usted también le haré matar si me engaña o me ha mentido.

—Le di ese lingote, ¿no? Es la mejor prueba de que conozco su paradero.

—Es cierto. Pero sigo sin fiarme de usted.

—Yo tampoco de usted. Me matará igual, una vez tenga en su poder lo que busca.

—Si tan seguro está de eso, ¿por qué me lleva allí? —sonrió el suizo.

—Di mi palabra. Y la cumplo siempre, aunque usted no lo crea. Dentro de poco, usted estará donde está el oro. Si es honrado, me dejará marchar. Pero sabe que conmigo no estaría tranquilo. Ni desea que yo sepa tantas cosas de usted, de su empresa... y de Basserman.

—Si no ha mentido, nada tiene que temer de mí, Jim.

—No le creo —sonrió Jim—. Pero es igual. Le llevaré allí. Al menos, Belinda Kelly está a salvo ahora... siempre que su prometido, Elmer Barrow, no sea «El Dragón» en persona.

—¿Qué dice? —El financiero de la *Schwartz* pegó un respingo en su asiento del automóvil que les conducía hacia Queen's

Pier—. ¿Ese joven... «El Dragón»? ¿Está seguro?

—No. —Jim soltó una breve carcajada—. Pero recuerde, *herr* Grüber: cualquiera puede ser «El Dragón». A fin de cuentas, ignoramos quién se esconde bajo ese apodo...

Grüber miró inquieto por la ventanilla del coche que conducía uno de los chinos al servicio de Wo Ling, junto al que se sentaba el otro oriental, en los asientos delanteros del vehículo. Parecía como si el suizo temiera que el misterioso y siniestro personaje de los bajos fondos de Hong Kong pudiese ir tras de ellos en alguna forma.

Pero ningún vehículo sospechoso era visible siguiéndole, y eso pareció tranquilizar en parte al financiero de Macao.

—Pero aquí... aquí sólo hay unas pocas latas... —Las sopesó, perplejo—. Si, como usted dice, tienen oro dentro, no habrá más allá de veinte o treinta libras...

—Sí, eso creo —admitió Jim.

—¡Me está engañando! —tronó Max Grüber—. Usted habló de millón y medio de dólares en oro puro, fabricado por Basserman...

—Exacto. Y no le he mentado. Le conduje aquí, donde está ese oro.

—¿Dónde hay semejante cantidad de oro? ¿Dónde la fórmula? ¿Dónde está el inventor? ¡Este yate está vacío! —El rostro del suizo se iba poniendo púrpura.

—No le prometí en ningún momento llevarle hasta Basserman o su fórmula, entre otras cosas porque ignoro totalmente su paradero. Le dije que le traería adonde estaba lo que usted busca. Es oro lo que busca, ¿no? Pues oro hay aquí.

—Pero mintió. Ese peso en oro no vale ni trescientos mil dólares, Jim.

—Cierto. Ese oro solamente, no. Pero hay más. Hasta ciento cincuenta libras al menos...

—¿Dónde? —rugió Grüber.

—Debajo de nosotros, justamente —rió Jim—. En el fondo de las aguas de este embarcadero.

—¿Intenta burlarse de mí? —jadeó Grüber, airado.

—Nada de eso. Hay dos cadáveres en el fondo. Dos hombres de «El Dragón». Yacen allí sin vida, con un lastre en sus pies: ese lastre son dos bolsas de latas conteniendo lingotes de oro. Yo he cumplido mi palabra. Ahora, cumpla usted la suya y déjeme marchar.

—Nada de eso —replicó abruptamente el suizo—. Comprobaremos ese extremo. Pero haya oro o no ahí abajo, usted no saldrá vivo de aquí. No puedo dejarle marchar, Jim.

—Lo sabía —el joven le miró glacialmente—. Es usted un cerdo, un asesino.

—Sus insultos me tienen sin cuidado. En estos negocios no se puede ser honesto ni tener piedad de nadie. Si me ha mentado, y no hay ese oro abajo, en el agua, no tendrá ocasión para reírse de mí, porque usted irá a hacer compañía a esos cadáveres. Y si ha dicho la verdad, le daré las gracias por el favor. Tendré una buena suma en oro, sí. Pero aún me faltará la fórmula. Y Basserman. Y a esos dos

objetivos, sólo puede conducirme Belinda Kelly, estoy seguro.

—¿Piensa raptarla de nuevo?

—Lo intentaré, cuando menos. Y tal vez lo consiga. Ha sido usted un necio caballero andante, Jim. Se jugó su vida y me regaló su secreto inútilmente. No acepto amigos ni aliados. No en este asunto. Vosotros, encargáos de él. Liquidadlo enseguida.

Se había dirigido a los dos chinos. Éstos extrajeron de sus bolsillos sendas pistolas automáticas con silenciador. Por segunda vez en poco tiempo, estando a bordo del yate *Orient* la vida de Jim peligraba ante las armas de dos asesinos a sueldo.

Pero esta vez, las cosas eran muy distintas. Jim sonrió duramente y meneó la cabeza.

—Acaba de cometer el peor error de su vida, Grüber —silabeó—. Yo cumpliré mi promesa hasta el fin. Usted irá adonde está el oro... ¡pero muerto! ¡Ya puede salir, Stacey!

Y al gritar esto, se arrojó de bruces al suelo, llevando su mano a la nuca. Como hiciera frente a Keller en su club nocturno, Jim enarboló un cuchillo en su mano diestra, desenfundado de la invisible vaina oculta bajo su camiseta, y lo disparó sobre *herr* Max Grüber, mientras los chinos, desorientados, disparaban sin acertarle, pasando los proyectiles por encima de la ágil y elástica figura de Jim.

Grüber lanzó un ronco alarido de agonía cuando el cuchillo le partió el corazón, hincándose hasta su empuñadura en el pecho. Miró con ojos vidriosos y desorbitados a su verdugo, justo cuando Stacey Goulding, el marido de Laura, aparecía tras de los chinos, emergiendo del corredor revólver en mano.

Goulding apretó el gatillo sin vacilar, y ambos pistoleros soltaron sus armas, emitiendo gritos de dolor, y derrumbándose de bruces ante Jim, que se incorporó de un salto, sonriendo a su compañero de peripecia.

—Gracias, Stacey —suspiró—. Por un momento, pensé que no venía tras de nosotros, que nos había perdido el rastro...

—No, Jim —sonrió Stacey, contemplando los cuerpos inmóviles de los dos chinos abatidos en la despensa del yate, junto a su jefe, Max Grüber—. En cuanto recibí su llamada antes de ir usted a la lavandería de Wo Ling, acudí allí prestamente, vigilando el recinto de forma cautelosa. Apenas salió usted con esos tres tipos, les seguí

prudencialmente, sin dejarme ver demasiado. Vine armado, como pidió, y subí a bordo solamente tras registrar ellos todo este yate.

—Ha sido un compañero muy útil, Stacey. Nunca olvidaré este favor.

—No diga eso, Jim. Soy yo quien sigue en deuda con usted aún. No es tan fácil pagar un favor como el que usted me hizo. Pero Laura se sentirá contenta de que le haya sido de alguna ayuda por una vez. Dígame, sin embargo: ¿por qué no recurrió a la policía?

—Tenía mis motivos para no hablar de esto a nadie en forma oficial. Al menos, todavía —rió Jim irónicamente—. Ya ha caído un pez gordo, Max Grüber, el gerente de la *Chemical Schwartzer* en Macao. Usted desconoce esta historia, pero vale más que siga así. Es un secreto demasiado peligroso. Ahora, falta que caiga otro pez gordo en la red. No pararé hasta terminar con él.

—¿De quién se trata, Jim?

—De un personaje de quien nada sabe persona alguna en Hong Kong, salvo que se hace llamar «El Dragón» y dirige una poderosa banda de asesinos... Vámonos de aquí ahora, Stacey, en cuanto arrojemos al agua a esos tres cuerpos, junto con los otros que ya reposan en el fondo. Esas latas servirán de lastre...

Y señaló los envases donde aún se guardaban lingotes de oro inventados por el primer hombre capaz de fabricar el preciado metal. Stacey, que ignoraba la realidad, se limitó a asentir, dispuesto a ayudarle en la fúnebre tarea de deshacerse de los tres cadáveres.

* * *

Jim entró calmosamente en «El Dragón Verde». Viéndole llegar, nadie hubiese podido imaginar la cantidad de peripecias y violencias que había vivido en aquellas pocas horas. Era como si volviera de un paseo por la ciudad.

Charlie le miró desde el mostrador. Suzzie tocaba el piano, bebiendo *whisky* con un cliente que escuchaba sus melodías. Otras chicas del local esperaban su turno, sentadas en las mesas del establecimiento.

—Hay alguien que le espera, patrón —dijo el barman, señalando al fondo, a los reservados, con gesto expresivo—. Le dije que

tardaría usted poco, pero como se ha retrasado tanto... Si fuese un hombre, seguro que le habría crecido la barba.

—¿Es una mujer? —Jim frunció el ceño, mirando el biombo lacado que separaba el local del acceso a los reservados.

—Exacto, patrón —rió Charlie—. Y una mujer muy bonita, por cierto. Dice que ha venido desde los Estados Unidos, exclusivamente para verle a usted...

—Vaya, un largo viaje para muy poca cosa —comentó Jim irónicamente—. ¿Dijo su nombre?

—No: Pero afirmó que usted la conoce bien...

—De acuerdo, Charlie. Veremos quién es... Si alguien más pregunta por mí, dile que estoy ocupado.

Charlie asintió perezosamente, reanudando su tarea con las copas, y Jim desapareció tras el biombo lacado, después de acariciar suavemente, de pasada, los cabellos de Suzzie Feng.

Una sorpresa esperaba a Jim en el reservado. Se quedó inmóvil en la puerta, contemplando a la bella rubia sentada ante la mesa, con un vaso de combinado ante sí.

Era hermosa, rubia y llamativa. Vestía elegantemente, y sus ojos tenían una tonalidad verde oscura. Jim parecía no creer lo que estaba viendo.

—Tú... —murmuró—. Audrey...

—Hola, Jim —saludó ella, mirándole y mordiéndose el labio inferior con cierto nerviosismo—. ¿Sorprendido?

—Un poco —admitió él, avanzando hacia ella, inclinándose y besando sus cabellos y mejilla con ternura. Ella puso sus labios, pero él no los rozó—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo sabías dónde encontrarme?

—Es largo de explicar —sonrió la rubia dama—. He hecho un largo viaje: San Francisco. Taipeh, Macao... y ahora Hong Kong. Cuando supe que había alguien muy conocido en esta ciudad, rubio y atractivo, aventurero y mujeriego, llamado «Hong Kong» Jim, supe que te había encontrado. Sólo podías ser tú. El mismo Jim de siempre.

—Audrey... —Se sentó junto a ella. La contempló, perplejo—. La última vez que nos vimos, fue en San Francisco...

—En los muelles, sí —afirmó ella, evocadora. De pronto, sus verdes ojos chispearon—. Salías a bordo de una pequeña

embarcación a motor. No dejaste que subiera a bordo contigo. Ibas de paseo. Volverías en seguida. Eso dijiste. De ello hace ya dos largos años. Y nunca volviste.

—Bueno, ya sabes cómo soy yo. No me gusta durar demasiado en ninguna parte. Y tampoco me gustan las despedidas, Audrey.

—Yo... yo me enamoré de ti, Jim.

—Lo siento —él inclinó la cabeza—. Yo no te prometí nunca nada.

—Sí, lo sé. Jim sólo promete aquello que cumple, ¿cierto?

—Cierto —sonrió él triste y burlonamente a la vez—. Un tipo llamado Grüber sabe eso ahora.

—¿Quién?

—No, nadie que conozcas tú. Quería llegar hasta donde estaba una fortuna. Y yo le llevé allí Sólo que no le dije si llegaría vivo... o muerto.

—Sigues igual, Jim. —Audrey Dexter le miró, con una sonrisa amarga y admirativa—. Eres el de siempre. Amores, mujeres, aventuras, peligros, muerte... Algún día, puedes ser tú quien caigas.

—Lógico. Es como una lotería. Audrey. Toda la vida lo es. Un día, le toca a uno el premio peor. Y hay que aceptarlo.

—Jim, he venido por eso. Para evitar que esta vez te toque de lleno.

—No te entiendo... —La miró, pensativo.

—Van a matarte, Jim. Te están buscando para ello.

—Eso me ocurre con frecuencia, pero soy hueso duro de roer.

—Ya lo sé. Pero; ¿qué dirías si supieras que Neville Stompatto está buscándote?

—¿Stompatto? —Jim enarcó las cejas. Vagos recuerdos lejanos acudieron a su mente—. Neville Stompatto... Sí, recuerdo bien. Mafioso, asesino, brutal... Se metió en líos conmigo. Logré que le cogiera la policía y fue a presidio...

—Por dos años, sí. Ya cumplió esa condena, pero apenas salió, mató a las personas que le habían vendido. Fueron varios crímenes bestiales, Jim. Le cogieron de nuevo. Y un jurado estúpido y amedrentado, le declaró inocente. Quedó libre y ahora busca a la última persona a quien juró matar: tú.

—Tal vez me haya olvidado ya, Audrey —sonrió Jim.

—Stompatto no olvida. Sé que hacía indagaciones en San

Francisco para dar contigo.

—No me encontrará, y se habrá cansado.

—Vuelves a equivocarte. Stompatto abandonó California. Embarcó hacia Formosa. Sé que estuvo allí. Te sigue la pista. Y si yo te he encontrado, él lo hará también. Lleva consigo a cuatro hombres de la peor especie, cuatro pistoleros profesionales de su pandilla. Sólo confiaba en encontrarte yo antes, como así ha sido.

Jim no dijo nada. Estaba reflexionando sobre lo que Audrey le relataba. La miró fijamente. Puso sus manos en las de ella, repentinamente.

—Eres estupenda, Audrey —dijo—. No me merezco esto, después de marcharme como lo hice. Has recorrido un montón de sitios, sólo por dar conmigo y advertirme del peligro que corro.

—No podía dejarte morir de ese modo. Stompatto me asusta. No se detiene ante nada cuando desea cumplir su venganza. Yo... yo voy a casarme pronto, Jim. No creas que he venido por ninguna otra cosa.

—No lo pensé tampoco. ¿Quién es el afortunado?

—Steve Markham, ayudante del fiscal del Distrito. El mismo me pidió que te buscara, apenas dejaron suelto a Stompatto.

—Debe ser un buen chico —apretó las manos de ella calurosamente, y luego la soltó—. Gracias, Audrey. Has sido muy generosa conmigo. Estaré en guardia.

—Eso puede no ser suficiente. Son cinco hombres, recuerda. Cinco asesinos sin escrúpulos...

—Parece que tengo una mala racha —rió Jim con buen humor—. Todo el mundo desea matarme últimamente... Confía en mí, Audrey, querida. Sabré salir de apuros.

—Eso espero —ella se puso en pie y Jim la imitó—. Adiós, Jim. Es posible que esta vez, ya no volvamos a vernos más...

—¿Vuelves a San Francisco?

—En el primer vuelo —asintió ella—. Ya he cumplido lo que vine a hacer aquí. Me marchó más tranquila.

—Te haré saber lo que ocurrió —prometió él, acompañándola a la sala—. Y perdona si el local donde me has hallado no es el más digno de una dama como tú, pero ahora ésta es mi vida, Audrey...

—Lo comprendo —sonrió ella amargamente—. Hay chicas, vida agitada, alcohol... Todo lo que a ti te gusta, querido. Adiós, Jim.

—Adiós, Audrey. Y gracias una vez más.

Se detuvieron el uno frente al otro, mirándose largamente, ya junto al biombo de laca. Iban a darse un beso cuando, súbitamente, irrumpió una mujer en el local, lo cruzó con rapidez y abrazó a Jim, besando ardientemente sus labios.

Sorprendido, Jim apartó con suavidad a la mujer. Era Belinda Kelly. Aún sentía en sus labios la fuerza y la humedad de aquella tierna, cálida presión. Audrey pestañea, moviendo su rubia cabeza con aire de perplejidad.

—Gracias, Jim, amigo mío —dijo Belinda agitadamente, tras recuperar el aliento que el largo beso le había interrumpido—. Le debo la vida... No sé cómo pagarle todo lo que hizo por mí... Me dijeron que había vuelto, y corrí a verle...

Jim sonrió. Iba a presentarla a Audrey. Pero ésta, con una amarga sonrisa, daba ya media vuelta, camino de la salida, con un incisivo comentario:

—Siempre el mismo... Mujeres, gratitud, romances... y un caballero andante llamado Jim... Adiós, querido. Hasta nunca...

Jim trató de ir tras ella para despedirla. Pero Audrey Dexter ya había abandonado «El Dragón Verde». Charlie sonreía desde el mostrador, y los brazos de Belinda seguían sujetándole. De pronto, ésta pareció darse cuenta, y se apartó, turbada.

—Oh, perdón... —murmuró—. Creo que he sido demasiado impulsiva. Estaba usted con otra mujer, Jim. No tenía derecho a...

—No tiene importancia —rió él—. Esa mujer me conoce bien. Sabe cómo soy, y no puede extrañarse de que sea el mismo en Hong Kong, en la India o en los Estados Unidos... Mi querida Belinda, su modo de expresarme gratitud ha sido maravilloso.

—¿De veras? —Los ojos de ella brillaron, y se aproximó a él, y volvió a aplastar sus labios en los de Jim, prolongando el beso de modo interminable. Cuando se apartó, respiraba con fuerza y sus espléndidos senos palpitaban intensamente. Suspiró—: Podría estar besándole así durante años enteros, Jim, para demostrarle cuánto agradezco su valor, su decisión y energía... su generosidad para sacarme de aquel peligro...

—No tuvo tanta importancia, Belinda. Gracias por estos besos, pero si la viese su prometido, pensaría mal tal vez.

—Oh, Elmer... —Ella hizo un gesto elocuente—. Ya no es mi

prometido. He roto con él, Jim. ¿Cómo podría unirme a un hombre que no mueve un dedo en mi favor y que permanece estúpidamente quieto y pasivo cuándo a mí me secuestran?

—¿Está segura de que es eso lo que debía hacer?

—Totalmente —ella respiró con fuerza—. Me siento liberada, feliz. Elmer no era para mí, ahora estoy convencida de ello.

—La felicito —rió Jim—. Pensamos igual. Vamos a tomar una copa juntos para celebrarlo, Belinda...

Y tomándola de un brazo, la llevó hasta el mostrador, pidiendo a Charlie dos consumiciones. El chino se las sirvió, con amplia sonrisa complacida.

Suzzie, en el piano, tocaba «Blue Moon». Pero su gesto era grave y contrariado, desde que viera a Belinda besar prolongadamente la boca de Jim...

CAPÍTULO IX

La madrugada había llegado.

Jim cerró las puertas del local y apagó casi todas las luces. Ya Suzzie, las demás chicas, e incluso Charlie Wen, se habían retirado, dejándoles solos a ellos dos: Belinda y él.

La joven le miraba con ojos brillantes. Había sido una larga noche juntos, y sin embargo, a ambos les parecían breves las horas. Habían cenado juntos en un restaurante cantonés inmediato al club, regresando a éste para charlar y beber. Esa noche, el tiempo había pasado rápido. Dos copas permanecían aún ante ellos, pero ya ninguno parecía sentir sed.

—Solamente hace veinticuatro horas que oí tu voz en ese callejón —comentó Jim, señalando a la puerta trasera—. Y han cambiado tanto las cosas desde entonces, Belinda...

—Para los dos, Jim. Ya no soy la misma de anoche. Sólo me siento feliz a tu lado.

—Pero Belinda, recuerda cómo soy yo. No te fíes nunca de mí. No tengo raíces en ninguna parte. No soy el hombre que te conviene.

—Tonterías —rió ella—. Te quiero, Jim. Y eso me basta. Sé cómo eres y te acepto de ese modo. Nunca te exigiré ni te pediré nada. Sigue siendo tú mismo. Es lo mejor que puedes hacer.

—A veces, hago daño a los demás. No puedo evitarlo.

—Trataré de no sufrir demasiado el día que eso ocurra. Ni un reproche saldrá de mis labios, Jim, te lo aseguro.

—Belinda, ¿crees de veras que podrás unir toda tu vida a la de un vagabundo recalitrante como yo?

—Estoy segura de ello.

—No tengo un dólar. Vivo al día, no ambiciono nada... Sólo

libertad y vida.

—Es suficiente. Viviré tu propia existencia. Sin pedirte nada. Sin esperar nada.

—Es una locura, Belinda.

—Me gusta estar tan maravillosamente loca.

—En fin... —Alzó Jim su copa—. Por los dos, Belinda.

—Por los dos, Jim.

Brindaron. Bebieron. Luego, Jim rompió su copa. Sonrió a la joven.

—Es una antigua tradición en Oriente —dijo—. El brindis siempre resulta bien, si las copas se rompen tras él.

—Entonces, ¡adelante! —Ella rompió también su copa, riendo.

Se miraron en silencio. Jim pareció pensar en algo. Y varió de tema:

—Belinda, tenemos que hablar con el mayor Shelton.

—¿De lo ocurrido hoy?

—Y de otras cosas. Ignoro dónde estará oculto tu jefe y si tiene realmente una fórmula de su descubrimiento. Pero sé dónde hay oro. Mucho oro artificial, fabricado por él. Más de millón y medio de dólares.

—Jim... —Ella dilató sus ojos—. ¿Vas a entregar esa suma a las autoridades?

—Prefiero discutirlo contigo, ahora que vamos a iniciar una vida juntos, Belinda. ¿Deseas que nos quedemos ese oro que no pertenece a nadie, salvo a Hasper Basserman, pero cuyo valor real no es el que aparenta, ya que él puede fabricar cuanto desee?

—Jim, nunca he sido codiciosa. Ese oro no nos pertenece. Ni creo que nos diera suerte.

—Acabas de decir algo magnífico, Belinda. Creo que, después de todo, vamos a comprendernos muy bien. —Jim se echó a reír—. Es mejor que el oro vaya a manos de las autoridades de Hong Kong. Que ellas resuelvan. Si Basserman vive, podrá fabricar cuanto oro desee. Si no, la fórmula quizás muera con él y nunca se sepa que fue el hombre capaz de fabricar oro. Nosotros podemos ser felices sin él.

—Estoy segura de ello. Debiste haberlo entregado ya al mayor Shelton.

—Aún no había tomado una decisión. En realidad, no tuve

tiempo de ello. Entre lo de la lavandería, esa joven que vino a verme desde San Francisco, y luego tu llegada, y esta noche maravillosa a tu lado...

—Aún no me has dicho por qué vino esa mujer desde tan lejos en tu busca...

—Oh, un viejo asunto. —Jim se encogió de hombros—. Nada importante. Un tipo andaba en busca mía para devolverme un viejo favor, eso es todo.

—Suenas raro. ¿Por qué venir a advertirte de ello? ¿Me ocultas algo, Jim?

—No, nada. Te aseguro que no tiene importancia alguna, Belinda...

—Embustero, tahúr, falsario y vil. Así eres tú, Jim... ¡Maldito Jim!

La voz había surgido a espaldas de ellos, detrás del biombo de laca china. Se volvió Jim con rapidez. Belinda Kelly lanzó un breve grito y palideció.

Jim no pudo mover un solo dedo, apenas se encaró con el grupo de hombres que, provistos de pistolas automáticas, asomaban tras el biombo, encañonándole.

—Neville Stompatto... —Silabeó Jim, en tensión, mirando al rostro rugoso, largo y frío del hombretón moreno, fornido, de pelo planchado y ropas impecables—. Te diste prisa en encontrarme, ¿eh?

—No la suficiente —silabeó el *gángster*, con un brillo maligno en sus negras pupilas, fijas con odio en Jim—. Sé que esa rubia americana llegó antes que yo y habló contigo... Pero no me esperabas tan pronto, ¿cierto?

—La verdad, no —confesó Jim, encogiéndose de hombros—. ¿Vas a matarme ahora mismo?

—¿A qué crees que he venido? ¿A tomarme una copa contigo y con esa preciosidad? —rió Stompatto con tono metálico.

—A ella déjala al margen de esto —pidió Jim secamente—. No tiene nada que ver en nuestros asuntos.

—No puedo dejarla, Jim. Es testigo de mi llegada aquí. Sería un peligroso testigo contra mí alguna vez. Ella me identificaría. Diría que yo maté a su amiguito Jim. No, lo siento. Te hará compañía adonde vas a ir, Jim maldito.

El gesto del rubio aventurero se endureció. Eran cinco sus enemigos, y los cinco armados. Sin embargo, les miró con tal expresión, que los pistoleros parecieron levemente incómodos por un instante.

—No intentes nada —silabeó Stompatto agudamente—. O te volaré la cabeza.

—Vas a hacerlo del mismo modo, ¿no es cierto? —Jim le estudió con frialdad—. ¿No hay arreglo posible para que ella salga bien librada de esto? ¿No la dejas marchar?

—No —cortó Stompatto duramente.

—No, Jim, no te importe —musitó Belinda, precipitándose hacia él—. Iré contigo incluso a la muerte. Es un final demasiado rápido, pero no tengo miedo a tu lado...

—Conmover —dijo sarcástico el *gángster*—. Me van a saltar las lágrimas... Bien, parejita. Disponeos a emprender el último viaje juntos...

—Espera, Neville —le pidió Jim.

—¿Qué quieres ahora? ¿La última voluntad, como los reos a muerte? Te la concedo.

—No pido tanto. Sólo una respuesta, Neville.

—Adelante. ¿Qué respuesta?

—¿Cómo habéis entrado aquí sin yo advertirlo? Está todo cerrado y asegurado...

—Del mismo modo que hemos sabido *dónde* encontrarte —rió Stompatto con tono burlón—. Alguien me ayudó en ello. Una persona que parece desear tu rápido final.

—¿Quién?

—No sé su nombre. Dijo llamarse... «El Dragón».

—Lo imaginaba —suspiró Jim—. «El Dragón» sabe dónde está el oro. Yo mismo se lo mostré, estúpido de mí, al ir allá... Ahora, él se queda con el cargamento de oro, y yo desaparezco para siempre. Un golpe maestro, sin necesidad de utilizar a su gente. Supo que tú me buscabas para matarme, y te proporcionó los medios.

—Eh, espera... ¿De qué oro estás hablando? —Gruñó Stompatto.

—Es una larga historia. Millón y medio de dólares en oro se guardan en un cierto lugar de Hong Kong que sólo conocemos dos personas: «El Dragón» y yo.

—¿Te estás burlando de mí?

—No se burla —corroboró Belinda desesperadamente, aferrada a Jim—. Hay una carga de oro en un sitio. Oro puro, en lingotes. Jim tiene la prueba, ¿no es cierto?

—Sí —asintió Jim con un encogimiento de hombros—. Que uno de tus esbirros hurgue en mis bolsillos. Llevo conmigo un pequeño lingote de muestra... Cosa de tres libras solamente... Hay montones de ellos en un lugar.

Stompatto, desconfiado, hizo un gesto a uno de sus hombres. Éste acudió a Jim y revisó sus bolsillos. Cuando regresó junto a su jefe, el oro brillaba, amarillo y esplendoroso, en la mano del pistolero. Stompatto enrojeció, centelleándole los ojos.

—¡Infiernos, era cierto! —Miró aviesamente a Jim—. ¿Y tú sabes dónde está el resto?

—Claro —sonrió Jim—. Yo mismo lo oculté hoy. Pero «El Dragón» sabe el lugar...

—Al diablo con ese «Dragón», Jim. Dime ese sitio... y te perdono la vida.

—Tú no cumplirás tu palabra ni muerto —rió Jim—. No hay trato. Y no desmerezcas a «El Dragón». Es mucho más listo y cruel que tú. Capaz de conocer todos mis secretos, capaz de hacerme seguir, de vigilar lo que hablo, incluso en un reservado de mi propio local... Ya mató a un hombre, al anterior dueño de esto, por sospechar quién era él realmente. Ahora, yo lo sé también. Sé quién se oculta tras el nombre de «El Dragón» y él empieza a sospecharlo. Por eso se deshace de mí utilizándote a ti de verdugo, en tanto él se lleva el botín limpiamente.

—Dime dónde está el oro. Llévame a él, Jim. Podemos aún ser amigos... Te juro que deseo tu muerte por encima de todo... menos de millón y medio de dólares en oro. Por ese precio, soy capaz de olvidar los dos años en prisión, te lo aseguro.

—Si confiase en ti, y cumplieras tu palabra incluso, de poco valdría. «El Dragón» nos liquidaría a los dos con la misma sencillez con que te ha franqueado la entrada en mi local esta noche.

—¡Y un cuerno! ¡Ese tipo, sea quien sea, no puede hacerme nada a mí, a Neville Stompatto! Podemos luchar juntos contra él, puesto que sabes su identidad real...

—Está bien —se decidió bruscamente Jim—. Vamos ya, Neville. Te conduciré hasta el oro. Venid todos. Confío en que, realmente,

no nos asesines después. No deseamos ni un solo lingote de ese oro, tienes mi palabra.

—Entonces, no se hable más. Adelante, Jim, maldito pillo. Por esa cantidad de oro, soy capaz incluso de ser tu amigo el resto de mi vida... Acabas de salvar tu vida y la de esa preciosidad. Te lo juro —e hizo un gesto latino con sus dedos, que parecía sellar ese pacto. Incluso un pistolero cumplía un juramento, sobre todo siendo mafioso.

—Entonces, en marcha —habló Jim, con un hondo suspiro de alivio, al ver definitivamente a salvo no solamente su pellejo, sino el de la propia Belinda—. Creo en tu juramento, Neville.

La puerta de la trastienda y almacén de bebidas del club «El Dragón Verde», se abrió bruscamente. En su umbral aparecieron hasta cuatro orientales, con otro chino a la cabeza, empuñando todos ellos pistolas con silenciador.

—No se mueva nadie, o les cosemos a balazos —silabeó una voz dura, la del que capitaneaba el grupo—. Imaginaba que terminarían pactando entre ustedes... Por eso me guardé una última baza...

—Vaya... —Jim se volvió lentamente—. Al fin nos vemos cara a cara sin máscaras, ¿no es cierto, «Dragón»? El asesino de «Fats» Canary, el jefe del *gang* más temido de Hong Kong, el traidor que me espiaba y escuchaba mis conversaciones, el que me hizo seguir esta mañana al muelle, el que dejó paso libre a Stompatto y su gente, apenas logró establecer contacto con él, tras oír a Audrey Dexter cuanto me decía en el reservado... Sabía que eras tú. Y te diste cuenta esta misma noche, ¿no es cierto?

—Sí, patrón —dijo burlonamente Charlie Wen, con su inevitable sonrisa, como si estuviera sirviendo licores en la barra, y no encañonando a Jim y a los pistoleros, con la intención de exterminarlos a todos.

CAPÍTULO X

—De modo que este amarillo cara de limón es «El Dragón», ¿no? —farfulló Stompatto agriamente, estudiando al barman del «Dragón Verde».

—Sí, amigo —silabeó el chino—. Y como dijo Jim, hace mal en desmerecerme. Soy mucho más listo que usted. Suelten sus armas. Si se resisten, morirán todos. No voy a detenerme ante nada.

—Si soltáis las armas, Neville, nos acribillará igualmente —avisó Jim, tenso—. No te dejes engañar por ese astuto bribón.

—¡Cierra el pico, Jim! —aulló Charlie con voz iracunda.

—Mi viejo enemigo tiene razón, muchachos —rió Stompatto con expresión agresiva en su fúnebre rostro—. Neville Stompatto no se entrega a un puñado de ratas amarillas como vosotros, y menos renunciando a una fortuna en oro. ¡Fuego, muchachos!

Su orden partió tajante, como un trallazo. Jim derribó violentamente a Belinda, cayendo él junto a ella, porque había leído en el centelleo astuto de los negros ojos del pistolero la advertencia fugaz para que lo hiciera, un segundo antes de ordenar el tiroteo.

Sus cuerpos rodaron bajo las mesas, en un desesperado esfuerzo por rehuir el impacto de las balas, mientras Jim desenfundaba su temible cuchillo, que saltó de la nuca como una centella.

Los *gangsters* hacían fuego rabiosamente, haciendo crepitar sus armas en la sala, como si aquel lugar, de repente, se hubiese convertido en un escenario del Chicago de los años treinta.

Los chinos, a su vez, sorprendidos por la virulencia suicida de los *gangsters* mafiosos llegados de California, reaccionaron algo tarde, cuando ya dos de ellos caían, cosidos a balazos.

Buscaron todo parapeto, para seguir vaciando los cargadores de sus armas, pero mientras Charlie corría en busca de un refugio

seguro, el cuchillo de Jim hendió el aire mortalmente, en busca suya.

Cuando acero y carne se encontraron, se produjo un áspero chasquido. El metal afilado se hundió en el cuello de Charlie Wen, «El Dragón», lanzándole contra el muro, con ojos desorbitados y boca convulsa. Desde allí, pese a todo, apretó el gatillo, con sus últimas energías, en un vano empeño por alcanzar a Jim.

Lo que logró, involuntariamente, fue dar alcance con sus proyectiles al propio Neville Stompatto, que, con un aullido, rodó por el suelo, disparando su arma sin tino.

Jim advirtió que el proyectil de «El Dragón» había se hundido fatalmente en el estómago del pistolero. Le vio agitarse en tierra, con horribles convulsiones, y comprendió que ya no saldría de su agonía más que para morir.

En la calle sonaban sirenas ululantes en estos momentos, atraídas quizá las patrullas de vigilancia por el fragor de las armas sin silenciador de los pistoleros californianos. Dos de éstos besaban ya el suelo, con la cabeza agujereada, mientras un solo chino del grupo de Charlie Se debatía, pistola en mano, contra los dos supervivientes.

Los proyectiles habían destrozado botellas de licor, garrafas de agua y toda clase de recipientes y adornos del local, en la infernal barahúnda organizada entre los dos grupos de rufianes. De la mano de Stompatto, rodó un lingote amarillo, brillante, hasta detenerse en un amplio charco de agua derramada. El último chino mordió el polvo, pero a costa de que un tercer pistolero saltara hacia atrás, con el pecho perforado por una bala mortífera.

Cuando la puerta principal se desgajó, empujada por fornidos policías militares, el último pistolero vivo alzó sus manos, asustado, tirando el arma y entregándose.

Jim fue hasta el moribundo Stompatto, el hombre que había venido a matarle a Hong Kong y moría como aliado suyo. El pistolero le miró con turbios ojos y una sonrisa amarga. La perforación de su estómago sangraba. Su lividez era mortal.

—Mala... suerte... amigo —jadeó—. Pensaba... cumplir mi palabra, Jim.

—Lo sé. Yo también la mía —aseguró Jim roncamente—. Lo siento, Neville. Pudimos haber conseguido cada uno lo que

queríamos: yo, la vida. Tú, tu oro...

—Malditos... chinos... Tenías razón. Ese «Dragón» era un sucio ventajista... Jim... dame... el único oro que puedo llevarme ya... adonde voy, muchacho. Por favor...

—Claro. —Jim fue a por el lingote de oro. Lo alzó del agua. Atónito, observó que donde tocaba el agua, el dorado se perdía en un tono grisáceo, como de plomo. Puso el lingote en la mano de Stompatto, sin que éste viera el lado deslucido—. Toma, amigo.

—Gracias, Jim... —jadeó el pistolero—. Es dulce morir... rico...

Y cerró los ojos, cayendo atrás, con un vómito en sus labios. Los dedos apretaban el lingote de oro. Jim se echó a reír, en medio del tenso silencio dramático, para sorpresa de policías y de la propia Belinda.

—Jim, ¿por qué ríes ahora? —musitó ella.

—Ese oro... Tiene gracia, Belinda. Basserman creyó hallar la piedra filosofal... ¡y el agua descompuso su aleación! El agua destruye ese oro artificial, ¿entiendes? Resulta cómico. Tanta muerte... por nada. ¿Imaginas cómo estará el resto del oro, sepultado en las aguas del embarcadero? ¡No valdrá absolutamente nada!

Y siguió riendo, casi histéricamente.

* * *

La pequeña embarcación se apartó de los muelles de Hong Kong. Jim se incorporó limpiándose las manos sucias de grasa, y miró tiernamente a su compañera de viaje.

—Bien, Belinda... —murmuró—. Debes imaginar que estoy loco.

—¿Por abandonar tu negocio, dejándolo a Suzzie Feng en propiedad, y marcharnos de Hong Kong los dos, a la ventura? —Belinda rió, moviendo negativamente la cabeza—. No, Jim. Sé que eres así, y eso basta. Ya dije que te aceptaba como eres. Deseo que sigas siendo siempre el mismo Jim que conocí.

—«Hong Kong» Jim termina aquí. De ahora en adelante puedo ser «Shangai» Jim, o «Calcuta» Jim... o «London» Jim. Depende de dónde fijemos nuestra residencia por un tiempo.

—No podemos quejarnos de nuestra suerte. La muerte de «El Dragón» supuso una recompensa de las autoridades de Hong Kong,

ofrecida por su captura vivo o muerto... Poseemos esta embarcación, un poco de dinero... y una vida por delante. ¿No es hermoso tener tantas cosas, y saber al mismo tiempo que el doctor Basserman apareció al fin, oculto en Formosa, y que ahora llora la inutilidad de su invento? Creyó ser el primer hombre que fabricaba oro, su oro era perfecto en todo... menos en la acción de algo tan simple como el agua. Sólo el agua lo convertía en una aleación distinta y sin valor... Sí, Jim, tenías razón para reír. Casi resulta cómico...

—Lo es, Belinda. Como una moraleja de cuento de hadas.

El oro nunca da la felicidad, querida...

Se besaron. Belinda le miró muy seria. Luego, preguntó:

—Jim, necesito saber algo. Lo único que ignoro de ti...

—¿Qué es ello?

—Tu apellido. Si voy a ser tu esposa... tengo que conocerlo algún día.

—Está bien —se frotó el mentón, con aire de disgusto. Luego, rió

—. Me llamo Jim... Smith.

—¡Smith! Oh, no...

—¿Entiendes ahora por qué nunca lo utilizo y me hago llamar simplemente Jim?

Y riendo, la abrazó, besando de nuevo su boca, mientras la embarcación se alejaba más y más de la costa de Hong Kong.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.

Notas

[1] «Fats», en inglés, significa «gordo» o «gordinflón», utilizándose habitualmente como apodo de las personas muy obesas. < <

[2] Sax Rohmer es el autor, ya fallecido, que creó el mítico personaje oriental de Fu-Manchú, el diabólico doctor que simbolizaba, en su época, el miedo al «peligro amarillo» que sentían por entonces los anglosajones. (N. del A.). < <

[3] El autor, al dar ese valor a ciento cincuenta libras de peso en oro, se ajusta a las actuales cotizaciones en el mercado de oro de Hong Kong, donde la onza delpreciado metal, por circunstancias internacionales de todos conocidas, ha alcanzado recientemente el precio de 700 dólares la onza (28,75 gramos), ya que la libra inglesa pesa exactamente 453,59 gramos. (N. del E.). < <